



AMERICA

REVISTA DE CULTURA HISPANICA

CONTENIDO

HUGO MONCAYO: La transformación liberal en el Ecuador. — **AUGUSTO ARIAS:** Sonetos exhumados. — **GONZALO ZALDUMBIDE:** Homenaje al Ministro de Colombia, Sr. Dr. Dn. Ismael Enrique Arciniegas. — **ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS:** El poeta mira al parque. — **CESAR E. ARROYO:** La arquitectura colonial. — **ANTONIO MONTALVO:** Canto a Baños. — **LUIS ANIBAL SANCHEZ:** El amor único. **EN TORNO DE UN LIBRO:** Opiniones acerca de "Historia de la República", de Oscar Efrén Reyes. — **MAX JIMENEZ:** Poemas. — **NICOLAS JIMENEZ:** Hegel. — **G. CASTANEDA ARAGON:** Poemas. — **REMI-GIO CRESPO TORAL:** Prosa lírica. — **FABIO FIALLO:** Poesías. — **LUIS BOSSANO:** Aspectos de nuestro problema indígena. — **EPISTOLARIO.—BIBLIOGRAFIA.**

No Fichado

Año VI

Nº 46.



Imprenta Nacional

AMERICA

Publicación del GRUPO AMERICA

Directores:

Augusto Arias

César E. Arroyo

Alfredo Martínez

Suscripción, en América y Extranjero,
entrega de seis números:
Un dólar

Dirección postal:

GRUPO AMERICA,

Casilla 75. Quito, Ecuador. S. A.

A los escritores de lengua española

EL GRUPO AMERICA ruega, de una manera especial, a los escritores de habla española el envío de sus publicaciones para dedicarlas a la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos. El Grupo remitirá en cambio, su revista y los libros que publique. El intercambio intelectual es indudablemente, el medio más eficaz de contribuir a la realización de los propósitos de concordia hispanoamericana.

GRUPO AMERICA

SOCIOS:

Arias Augusto
Arroyo César E.
Albornoz Miguel Angel
Bustamante Hipatia Cárdenas de
Barrera Isaac J.
Bossano Luis
Escudero Gonzalo
Jaramillo Alvarado Pío
Moncayo Hugo
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuel María
Velasco Ibarra J. M.
Zaldumbide Gonzalo

SOCIAS COLABORADORAS:

Adelaida Velasco Galdós, en Guayaquil
María de la Torre id.

SOCIOS REPRESENTANTES:

Victor Hugo Escala, en Venezuela
Guillermo Bustamante, en la Argentina
Benjamín Carrión, en el Perú
Hernán Pallares Z., en Inglaterra

CONCURSOS LITERARIOS EN HOMENAJE A MONTALVO

El Círculo "Atalaya", en homenaje al insigne prosador indo-hispánico, Dn. Juan Montalvo, con motivo del **Primer Centenario** de su nacimiento que se cumplirá el 13 de Abril de 1932, resolvió promover dos concursos literarios **femeninos**: el uno en prosa y el otro en verso, bajo las siguientes bases:

Primera.—En estos concursos no podrán tomar parte sino escritoras y poetisas ecuatorianas;

Segunda.—Los trabajos en prosa versarán sobre "La Personalidad de Dn. Juan Montalvo y sus Obras", y no deberán exceder de dos mil palabras;

Tercera.—Las composiciones en verso tendrán por tema: "Montalvo", Soneto;

Cuarta.—Los trabajos serán suscritos con pseudónimo y enviados bajo sobre cerrado, con la siguiente dirección: "Señor Secretario General del Círculo "Atalaya".—Ambato, apartado N° 132.—(Para el Concurso literario)". En el sobre grande se incluirá otro pequeño nemado con el pseudónimo, el que contendrá una tarjeta con el nombre de la autora;

Quinta.—Los trabajos se recibirán en Ambato, hasta el 30 de Marzo de 1932, fecha en la que se declarará cerrado el concurso.

Sexta.—Créase un premio, **medalla de oro**, para la mejor composición, tanto en prosa como en verso, y además, un accésit, para la que le siguiere inmediatamente en mérito, en uno y otro concurso.

Séptima.—El Círculo nombrará oportunamente al Jurado Calificador.

Ambato, a 20 de Julio de 1931.

Tarquino Toro Navas,
Presidente.

Efraín Altamirano,
Secretario General.

CULTURA VENEZOLANA

Revista mensual

Director:

JOSE A. TAGLIAFERRO

Suscripción anual, 6 dólares

Dirección:

Apartado No. 293
Caracas, Venezuela

REVISTA CHILENA

Diplomacia, Política, Historia,
Artes, Letras

Fundador:

ENRIQUE MATTA V.

Director:

FELIX NIETO DEL RIO

Dirección:

CORREO 8
Santiago, Chile

MERCURIO PERUANO

Revista de Ciencias Sociales
y Letras

Director—Fundador:

VICTOR ANDRES BELAUNDE

Suscripción: 6 dólares

Apartado N° 176
Lima, Perú

CLARIDAD

Revista de Arte, Crítica y Letras

TRIBUNA DEL PENSAMIENTO
IZQUIERDISTA

Director:

ANTONIO ZAMORA

Casilla de Correo N° 736

Buenos Aires, Argentina

REVISTA BIMESTRE CUBANA

Publicación de la Sociedad
Económica de Amigos del País

Director:

FERNANDO ORTIZ

Apartado N 214
Habana, Cuba

TIERRA NATIVA

Revista Gráfica Semanal

Director:

J. M. SALAZAR ALVAREZ

Dirección:

Carrera 10 Sur, N° 536
Bucaramanga, Colombia

LA ANTORCHA

Director:
José Vasconcelos

Gerente:
Carlos Desembrosis Martins

Suscripción:
Un año, 3 dólares 60 ctvs.
Dirección postal:
19, rue La Condamine, Paris

ELITE

Revista semanal ilustrada

Director-editor:
Juan de Guruceaga

Redactor literario:
Carlos Eduardo Frías

Suscripción anual:
60 bolívares
Caracas, Venezuela

PORTUCALE

Revista ilustrada de cultura literaria, científica, e artística

Directores:
Augusto Martins
Claudio Basto
Pedro Vitorino

Rua Dos Mártires da Liberdade,
178
Porto, Portugal

I M A N

Directora:
Elvira de Alvear

Secretario de Redacción
Alejo Carpentier

Suscripción anual:
Países de América, 3,50 dólares
5, Avenue Frédéric Le Play
Paris (VIIe.)

MONDE

Directeur:
Henri Barbusse

Redacteur en Chef:
León Werth

Comité directeur: **Albert Einstein**
P. Fireman, M. Gorki, M. Karolyi,
M. Morhardt, Upton Sinclair, Ma-
nuel Ugarte, Miguel de Unamuno

50, rue Etienne-Marcel, (Paris (2e.))

LA CRUZ DEL SUR

Revista mensual de artes e ideas

Dirección postal:
Calle Cerrito, 688

Montevideo, Uruguay

LA TRANSFORMACION LIBERAL EN EL ECUADOR

Hugo Moncayo

Esta conferencia fué leída en el Instituto Nacional "Mejía" por el Profesor de Historia del mismo y Secretario del "Grupo América", señor Lcdo. don Hugo Moncayo. La publicamos ahora por creeria de actual importancia, ya porque en ella se expone una nueva concepción de los partidos en el Ecuador, como por la independencia e imparcialidad de criterio con que se juzga la discutida revolución del 5 de Junio de 1895.

N. de la D.

Señor Presidente de la República; señor Ministro de Educación; señor Vicerrector del Instituto Nacional Mejía; señores:

He decidido someter mi locución a la constancia escrita del discurso, porque la permanente acrimonia de los partidos históricos del Ecuador pudiera utilizar mi palabra como atributo accidental de sus graciosas afirmaciones; y porque temo que al Profesor de Historia de este Colegio, a lo mejor se llegara a tachársele de parcial en la enunciación de asuntos que significan frecuentemente, el sacrificio de la verdad en aras de la conveniencia partidarista.

Ocupo esta tribuna por mandato de la Junta General de Profesores, sin otra consigna que la de exponer los hechos que constituyen el Cinco de Junio, la personalidad de su Caudillo, la pauta ideológica del Partido que advino al Poder entonces, las diferencias esenciales que la agrupación conservadora y la del Noventa y Cinco ofrecen y las consecuencias cívicas que esta lección de historia pudiera alcanzar en juveniles temperamentos, orientados hacia el camino que, en su reproductivo movimiento hacia la patria y desde ella, deberán recorrer desde ahora los nuevos elementos cívicos, ya que al partir del Colegio, con el

primer bozo que se desdibuja en el rostro, podríamos decir se apunta el ciudadano en registros políticos, para colaborar en la vida del Estado.

No emplearé una falsa oratoria. No esperéis de mí, el fuego que buscaría para el meeting reivindicador, ni el estallido de los conjuros patrioteros que los Marats americanos gastan frecuentemente. No supongáis tampoco que haré la vivisección del fraile en la mesa de las operaciones inquisitoriales y que expondré sus entrañas que tuvieron rojas enseñas, ni que el ditirambo a los principios liberales me llevará al himno, arrebatándome, como al Profeta, el carro de fuego propicio a las regiones eternas.... Quiero sellar el patrimonio radical que mi apellido fuertemente exalta; y en homenaje a mis progenitores que conspiraron contra toda dictadura, combatieron todo sistema violento y se batieron cuarenta años por la causa de los principios liberales con un desinterés realmente clásico, aspiro a que mi palabra no desmaye en su herencia y os presente, con mi personal criterio de hombre abierto a los nuevos horizontes, la interpretación que esta fecha tiene en los fastos nacionales.

Así que, no lo olvidéis, señores alumnos. No es un liberal ni un conservador el que os habla. Mi partido está por integrarse en el Ecuador: es el partido de los que consideran la gestión gubernativa de acuerdo con un criterio más real, menos lírico; contemporáneo, no anacrónico. De suerte que, indiferente para apreciar la realidad histórica, inmunizado por mi escepticismo para la clásica comprensión del problema y con el rumbo de serenidad que, ante todo, debe presidir una labor de cátedra, permitidme que aborde la materia.

* * *

Regía los destinos del país un ciudadano de notables prendas morales, de inclinación irresistible por los esparcimientos que las musas procuran a sus servidores, austeras costumbres y profundos conocimientos de la lengua castellana y aborigen, tanto que su obra literaria, más consistente que la política, ocupará siempre lugar de preferencia en la Antología Nacional: sus discursos son innumerables; sus poesías jocosas son un modelo en tan difícil género literario, las serias cumplen con los dictados de la retórica de entonces, y su **Diccionario de la Lengua Quichua** es un verdadero monumento de su saber, del amor

que le merecieron las cosas de su patria y de su primigenia vocación por el cultivo de las letras. Era él, don Luis Cordero, brillante literato azuayo y antiguo servidor del país, ya en funciones administrativas de su provincia, ya como su representante en los congresos. En 1883, en la jornada del río de Enero, —formidable expresión de la independencia de esta ciudad, inmanente en ella desde la Colonia—, cuando fué derrocado el Dictador Veintimilla, ocupó el doctor Cordero un sillón entre los miembros del Gobierno Provisional de entonces. Es curioso leer sus discursos, primorosamente editados por él mismo, dichos a nombre del nuevo gobierno: las musas no fueron sus hadas madrinas, sino sus brujas traviesas. El doctor Cordero declamaba oficialmente cuatro octavas reales en la primera distribución de premios o en la jura de la bandera de cualquier batallón: su espíritu, me atreveré a decir, tenía la ingenuidad de una profunda transparencia moral que, naturalmente, no se compaginaba con la función política a que estaba llamado.

Si hago hincapié en ésta su característica de versificador generoso, es porque en ella, como en un bisel de su cristal anímico, veo su inocencia. Porque sobre este hombre bueno para Provenza o para Toscana, por la dulzura de su estro y la magnanimidad de su espíritu, cayó la más horrenda sospecha que ha podido abatir a ciudadano alguno: la de traición a la Patria.

El año 92 el doctor Cordero fué elevado a la Presidencia. En el 83 le había ganado la partida don José María Plácido Caamaño, hombre de violentos y contrapuestos relieves en la historia de la República. En el 92 reemplazaba a don Antonio Flores y así, al hijo del Fundador, —educado en el Liceo Napoleón, hombre de mérito, gran señor de política—, sucedió el Poeta. Pero Caamaño era una fuerza necesaria y mortal. Con Flores, más sagaz, fue alejado de su patria como su representante en Estados Unidos. Con Cordero, alcanzó la Gobernación de Guayaquil entonces más que nunca llave de la seguridad del régimen. Como los ciclopes, con su único ojo, vigilaba la presa nacional pronto a intervenir. . . . Caamaño es una advertencia y es un abismo y don Luis Cordero, hombre bueno, significa la hogaza patriarcal dispuesta a ofrecerse en holocausto al pueblo. . . .

En el Congreso del año 94 se decidió erigir una estatua de oro a la Madre de Dios en el Panecillo, para que presida la calma de esta ciudad que con sus mil campaniles parece reclamarla diariamente. Pero también se rechazó a un antiguo varón de

espartanos hechos, el doctor Felicísimo López, Senador por Esmeraldas, ya que se dijo, un excomulgado, —había sostenido una polémica con el Obispo Schümacher—, no podía pertenecer a un Congreso, no nacional, sino católico como ese. Entonces el Diputado señor González Suárez tuvo ocasión de manifiestar el valor de su espíritu inmenso.

Así pues, los liberales estaban excluidos del derecho sagrado de representación, ya que lo que distingue precisamente al sistema democrático y republicano, según lo sabéis, es la potencia en que todo ciudadano se encuentra para ser elegido y elegir a sus representantes. No otro es el fundamento de nuestra organización política: olvidarlo, es hacerse reo de una omisión suicida, ya que la función electoral debe ser la primera preocupación de todo ecuatoriano, si quiere mantener dignamente su mirada puesta en la administración del Estado.

Tan justa como vigorosa fué la indignación que a los liberales dispersos desde los días de Veintimilla, causó la actitud del Congreso, que el Ejecutivo trató de aplacar esa marejada que adquiría caracteres de inminente peligro, llamando a integrar su gobierno a un joven de ilustre nombradía, **Alejandro Cárdenas**: un griego de los tiempos de Temístocles, nacido en América.

El cáustico ingenio de la ciudad se revelaba entonces como siempre. A las administraciones Caamaño, Flores y Cordero se las comprendía con un gráfico sinónimo: **La Argolla**. ¿Iba a intervenir en la argolla un elemento liberal, irreductible? Si hasta ahora tenemos estos prejuicios de partido que corroen la vida misma del país, ¿qué no sería entonces? Cárdenas se consultó con los hombres representativos, con los **leaderes** como decimos actualmente y creyendo en una evolución pacífica de penetración liberal en el derruido edificio ultramontano, —tal como ahora hace este partido con el del 95—, se permitió que lo guiara con su colaboración. Pero surgió lo inevitable, lo monstruoso.

Chile, en octubre de 1804 vendió al Japón, que se encontraba en guerra, uno de sus buques, el **Esmeralda**. Hacerlo significaba intervenir en la contienda. El derecho internacional no se gasta bromas en tales situaciones: la neutralidad significa la abstención, ya positiva, ya auxiliadora, de cualquier otro estado, mientras la beligerancia se mantiene. Para negociar tal esperimento se requería que la venta se disfrazara, salvando así la responsabilidad del país negociador. Era nuestro Cónsul en Valparaiso don Luis A. Noguera y don José Plácido Caamaño,

nuestro Gobernador en Guayaquil. Pues bien, se simuló que el Ecuador compraba el buque a Chile; se izó en su mástil el tricolor de Miranda que nosotros habíamos respetado hasta entonces como símbolo de independencia y de gallardía; flameó sobre el mar proclamando nuestra vergüenza y el buque llegó a puerto japonés. Se había vendido la bandera por un puñado de libras esterlinas. . . .

El país, desangrado desde su fundación casi intermitentemente, podía soportar los destierros y los asesinatos de sus hijos, como el reciente de Vargas Torres; podía callar ante los torvos manejos de la Argolla que lo explotaba como un feudo; podía olvidar que la representación fuese católica y no nacional; podía acostumbrarse a que el derecho se radicase en la bayoneta y no en el voto; pero no podía perdonar que se traficase con su dignidad. . . . Yo no sé que suficientemente se haya desvanecido semejante cargo de infamia: como éste es uno de los más decisivos factores para la proclamación del 5 de Junio, lo hago constar, invitando a mis alumnos a que desprendan de esta disgustosa plática, que como un cauterio nos conmueve, un principio invaluable de altruismo: el ciudadano se debe a la Patria y su honor modela el honor de ella.

Caamaño se justificaba afirmando que sólo era un servicio que a Chile hacíamos. Los periódicos, —aún los del Gobierno— llegaron a negar que se hubiese vendido la enseña sagrada, pero no que se la hubiese prestado. Tanto daba una u otra interpretación: había quienes precisaban la suma de tal manejo. América estaba escandalizada. Un elocuente rumor continental, como una densa bruma, nos aislaba en su protesta. El país, que sólo podía hallar influencia en su prestigio moral, ya que sus mercados no existían para nadie, francamente, debía recurrir a la sangre para teñir su afrenta.

¡Tristes días para la Patria, los últimos del 94! Al principio, indecisión, producto del estupor, que tal villanía produjo. Después, un saludable decoro silenciando ese hecho para castigarlo de acuerdo con los tribunales, fundado en el respeto que Cordero inspiraba. . . . El doctor González Suárez escribía desde Ambato al doctor Lopez. . . . "En asuntos como éste, el silencio es una obligación imprescindible". . . . "Créame que este hecho me ha afligido grandemente". . . .

Pero era una causa sagrada la reivindicatoria. Liberales o conservadores, frailes o ateos, todos debían unirse por respeto

a sus propias ideas tendientes, aún cuando fuese por caminos opuestos, a un mismo fin de cariño a la Patria. Era preciso sanearla de sus aviesos elementos: ¿la Argolla en los Andes? Un contrasentido.

La protesta tuvo su expresión valiente a principios del nuevo año. El 12 de Febrero se levantó en el Milagro una montonera mandada por dos jóvenes, entonces desconocidos: Pedro J. Montero y Enrique Valdez. El 18 se asaltaba el cuartel de Daule. El 26 de Marzo, jóvenes de Quito, atacaban el de Tulcán y eran vencidos y contemporáneamente, partían otros por el Sur mandados por Julio Andrade y Emilio María Terán y derrotados en Latacunga se reorganizaban en Ambato, para, a órdenes de Francisco Hipólito Moncayo, vencer en Guaranda...

En Abril, se sublevaba uno de los cuerpos de línea de Quito, y los mismos conservadores de Cordero proclamaban el nombre de Don Camilo Ponce como caudillo de su movimiento fracasado. En Mayo, en El Oro, Don Manuel Serrano otra montonera patriota organizaba... ¿Véis como, indiferentemente, liberales y conservadores conspiraban? Es que el sentimiento nacional exigía la contienda y el Gobierno no disponía ya de la única fuerza que lo mantiene: la confianza de la opinión pública!

El Presidente no pudo resistir. Agobiado se refugió en su honor, renunció su alto puesto y buscó en el hogar el reposo que ya nunca encontraría, aún cuando el país reconoció inmediatamente su inmaculada limpieza en aquel asunto y honró su ancianidad y respeta su memoria, pero no puede desconocer que fué débil e iluso en la administración.

Los pueblos tienen una conciencia tardía a veces, pero acertada siempre en sus fundamentales conclusiones: nada importan los Archivos ante la impresión sensorial de las muchedumbres. Cordero, debido a ésto, ha podido salvarse. Caamaño, a pesar de aquello, ha desaparecido.

Del Gobierno se hizo cargo en Quito, Don Vicente Lucio Salazar, otra figura equívoca en la historia, y de la Comandancia General de Guayaquil, el General Don Reinaldo Flores, a quien su partido inculpa en ocasiones el Cinco de Junio y el liberal lo desconoce.

* * *

Y he aquí que una proclama comenzaba a circular. Un hombre, desde Managua, decía a los ecuatorianos:

“Habéis protestado valerosamente en los comicios y actas populares contra los indignos mandatarios que han puesto en almoneda hasta la dignidad nacional.

“Ahora os falta arrancar de esas manos impuras el arma fratricida que tienen levantada sobre el pecho del pueblo! Solamente a balazos dejarán nuestros opresores el poder que tienen unicamente por la violencia! Pensar de otro modo, equivale a dar tregua a tenebrosas intrigas y a conducir de Scila a Caribdis la nave del Estado. Sin sacrificios no hay redención. La libertad no se implora como un favor; se conquista como un atributo inmanente al bienestar de la comunidad.... Hagamos algo que merezca los aplausos de la posteridad....

Y terminaba su exortación:

“Con vuestro altivo proceder habéis consignado una página inmortal en la historia patria: váis a conjurar la Obra redentora, bien lo sé. Marcho pues en vuestro auxilio, para participar de las penalidades de la campaña y tener la honra de conducirlos al combate y a la victoria!....”

¿Quién era este hombre que se decía **un compañero** de los que ensordecían la opinión y la representaban en tan difíciles momentos? ¿Un extranjero, un exilado? ¿Este hombre que tan fieramente hablaba de balazos; de arrancar de manos impuras el arma fratricida; de hacer algo que recuerde la posteridad; de sacrificios, óvolo justo que exige el triunfo duradero? ¿Quién era este hombre que anunciaba la victoria y marchaba a conducirla ofreciendo su pecho?

Este hombre, era Eloy Alfaro!

* * *

Caamaño había huido de Guayaquil y en su reemplazo ocupaba la Gobernación Don Rafael Pólit, hombre integro, de pro-sapia conservadora. El Cinco de Junio, de acuerdo con el Comandante General, cuando la inminencia del cambio era cuestión de minutos, ambos convocaron a los padres de familia, según inveterada costumbre plebiscitaria, para que designasen a quien debía entregarse el poder público. Días antes había aparecido en Los Ríos un joven general que en Centroamérica bordara sus charreteras: Plutarco Bowen, discípulo del hombre de

Managua y quien, con valor acreditado por una herida, dominaba la plaza de Babahoyo amenazando el puerto en nombre de la ideología liberal.

En el salón de la Comandancia se reunió la Junta convocada y después de aceptarse la renuncia que Flores presentara, se negó la del Gobernador y casi diez y seis mil ciudadanos, suscribieron el ACTA de Pronunciamiento, admirable expresión de su voluntad. En esta acta hay una brisa juvenil que entusiasma.

“Considerando:

“Que es necesario organizar un Gobierno que sea fiel intérprete del sentimiento general, claramente expresado por los Patriotas que en la prensa, en los campos de batalla, en las manifestaciones populares y en el seno del hogar han trabajado por la reivindicación de la honra nacional, ultrajada por un Gobierno traidor a la Patria;

“2º. Que las ideas liberales son las que están más en armonía con la civilización y el progreso modernos y que son ellas las llamadas a hacer la felicidad de la República, la cual ha estado soguzgada por una camarilla sombría, de especuladores inicuos”;

Resolvía: desconocer la Constitución del 83; el gobierno de Salazar; nombrar Jefe Supremo Civil y Militar al General Don Eloy Alfaro y pedir la convocatoria de una Convención que “reconstituya el país y juzgue y castigue a los culpables de traición a la Patria, reconociendo la autoridad de Don Ignacio Robles hasta entonces”.

Así pues, el Cinco de Junio no fué sino la expresión de la voluntad guayaquileña, de la indignación nacional provocada por el asunto del **Esmeralda**, de la propia debilidad gubernativa, de la fuerza de la opinión radicada en sus hombres incontaminados aún con las flaquezas del poder y en pleno florecimiento. Jóvenes eran Montero, Valdez, Terán, Andrade, Moncayo, Serrano, Alfaro, Bowen... Se luchaba en Tulcán como en Quito, en Babahoyo como en Machala... Y la más auténtica y significativa representación social porteña figuró al pie de ese manifiesto, como para salir por los fueros de la verdad, cada vez que se la denigre o se la olvide. Lo más ilustre del país estuvo como gestor del movimiento o como simpatizador de él... El Gobierno de Quito, no pudo defenderse. Era indefendible su situación: se requería un nuevo aliento ideológico, un cambio de hombres.

Una nueva etapa en la historia, con la severidad de lo previsto, comenzaba a cumplirse.

* * *

El 18 de Junio llegaba Alfaro a Guayaquil. Aún el partido no se posesionaba completamente del poder y ya la intriga minaba sus hombres fundamentales y los ponía unos contra otros. Bowen había arribado al puerto, días antes, vencedor en Los Ríos. Su recibimiento fué una tropical apoteosis malévolamente dirigida para restar simpatías al Viejo Luchador que con celeridad cruzaba el mar después de diez años de destierro.

Días después, Bowen y Triviño eran procesados: el Partido Liberal principiaba a devorar a sus hijos. Aprovechando la ausencia del Caudillo en la Capital, conspiraban ya contra él: fueron condenados: partieron al destierro. Realmente Bowen tenía veinticinco años y su prestigio fué fugaz como su juventud.

Alfaro organizó su Gobierno seccional en Guayaquil con el concurso de don Luis Felipe Carbo, de don Lizardo García y de don Cornelio E. Vernaza, sus ministros de lo Interior y Relaciones, de Hacienda y Guerra respectivamente y se aprestó a continuar la lucha avanzando sobre Quito.

El Presidente Salazar casi valetudinario, desde la muerte de García Moreno, arrastraba sus días vacilante en la opinión del país y confiaba, ante la inminencia del triunfo liberal, la dirección del Estado en manos juveniles y certeras, las de don Aparicio Rivadeneira, su Ministro de Estado y en las del General Sarasti, ese hombre lleno de recuerdos y de brillante pretérito que vimos hasta hace poco ambular por las calles de esta ciudad, que tantas veces lo aclamó como a un idolo, para olvidarlo luego en su versátil abandono.

Estos hombres se aferraron a la constitución que debían sostener y aprestaron a sus conciudadanos a una contienda de previsto sacrificio. Tras ellos se levantaba la mano confesional para enardecerlos y conjurarlos a la lucha. Fueron pastusos de la peor calaña los que alimentaron sus reservas y partieron al Sur. En Latacunga se vieron detenidos los comisionados que Alfaro enviaba desde Guayaquil para invitar al Gobierno de Quito a la paz. El clero relajado desde los tiempos de la férrea dominación garciana, —que los conocía y los domeñaba—, no pudo resignarse a perder sus omnimodas garantías y

explotaba los lentos dictados de la fé en su material provecho fomentando la escisión política que la Argolla había creado.

De ahí que no era el clero de González Suárez, ejemplo de patriotismo y buen sentido, sino el clero de Schümacher, un alemán de fogosa influencia y del Ilmo. González Calisto, seráfico e impalpable como un arcángel pero de una sagacidad infantil, el que alentaba al fanatismo olvidando que, tanto liberales como conservadores, eran ecuatorianos y luego, católicos apostólicos, romanos.... La mayor calumnia que cayó sobre esta República fué la del ateísmo de los hombres del Noventa y Cinco. ¿Montalvo mismo no es creyente? ¿Moncayo, Carbo, Rocafuerte, Alfaro no invocan a la Providencia y respetan sus dogmas? Lo que pasa es que estos hombres odiaban si, y a muerte, a los falsos sacerdotes, a los mangoneadores en el gobierno, a los frailes extranjeros que no vaciaban en recurrir o a Francia o a Colombia para decupletar sus arcones, desangrando una República que no era la suya....

Los dos hombres fundamentales del partido azul: su prelado el Ilmo. González Suárez y su caudillo, el doctor García Moreno, son los que más férreamente los trataron siempre: los conocían. Por eso nunca pudieron de ellos confiarse y la historia así lo dice, aun cuando provoque su permanente función de protesta el recordarlo.

Ese clero extranjero esparció especies singulares: Alfaro bebía en abundancia en las copas sagradas.... Gustaba su ejército comer hostias santificadas y organizar bacanales en las capillas.... Se gritaba ¡Abajo Jesús, Viva Alfaro! No se respetaba ni el honor, ni la moral; sólo se quería asesinar y robar.... Pronto el pueblo de Quito iba a salir de su error: en la vida privada de Alfaro no encontrará una sola mancha, aún la más terca maledicencia; en su honradez no intervendrá el agio; y morirá pobre, quien fué rico y pródigo.... Las comunidades religiosas dignas, en él verán un respaldo de justicia.... No se clausurarán sus escuelas ni se violarán sus misterios.... Será un hombre parco y discreto, temeroso de la calumnia, con un candor inmaculado, que sorprende tanto más, si consideramos que los campamentos nunca fueron una propicia escuela de virtud. Por eso, todo el país, aún los mismos que incubaron su sacrificio, vuelven a su memoria los ojos....

Tan particular es la relación anticlerical, —no antireligiosa—, que vincula a los revolucionarios, que Montalvo fustiga, —con brillo no igualado hasta ahora—, al Obispo Ordóñez y canta, —con poesía infinita—, al Cura de Santa Engracia; Valverde traduce el poema **Religión y Religiones** y lo difunde; Peralta y Abelardo Moncayo discuten con pasión cuestiones casuísticas de morfología sacramental.... Se combate al jesuita, al dominico, al lazarista, agitadores de muchedumbres fanatizadas.... No se combate al religioso. De ahí que, cuando el 97 se funda este Colegio, se establezca en él Cátedra de Religión encomendada a un Presbítero que guarda analogías con Don Simón Rodríguez por aquello de buscar nuevos métodos educativos para ensayarlos con desconcertante actividad y dos años después de establecido, aún continúe el Estado liberal pasando al Colegio de San Gabriel, las becas con que contribuía a su mantenimiento el régimen clerical anterior.

* * *

Si no llegaban a Quito, el 5 de Junio fracasaba. Había dos gobiernos por esos días: el revolucionario en Guayaquil; el constitucional, sin Presidente, en Quito. Podría añadirse, el de Schümacher en Manabí, pues este prelado más que un pastor fué un sátrapa de alma bárbara: sus Pastorales; así llamadas como por escarnio, invitan a los fieles a la matanza, al exterminio, al castigo de los réprobos.

Si la comisión que viaja a la capital se ve detenida en las inmediaciones de Latacunga, —como años antes lo había sido la que Urdaneta enviara contra Flores—, la que partió a Portoviejo debía correr más peligrosa suerte, pues de Manta hubo de reembarcarse a Guayaquil, librándose así del incendio de Calceta que se dijo ordenara Schümacher, después del cual, trasmontando la cordillera por Santo Domingo de los Colorados, apareció en Quito con sus esbirros, para exaltar más aún la nueva cruzada fratricida. El partido conservador no podía llamarse ni defensor de las instituciones que había violado; no podía reconquistar la confianza del pueblo que con la venta de la bandera había perdido; no existía ni como expresión de opinión nacional: un puñado de frailes advenedizos al frente de las turbas que eternamente les escuchan y sirven, constituía el nú-

cleo principal de oposición a las huestes liberales. Tanto es así, que se recurrió al factor colombiano y los pastusos, que nos juzgaron siempre cobardes por los descalabros pintorescos de Guaspud y que hasta que los Arellanos les perdonaron la vida en sus propias regiones natales creían que el Ecuador era lo que la Roma decadente para los vándalos de Gerontius, —un campo de impunidad para desatados afanes de rapiña—, se apresuraron para la seria defensa que se organizó entonces.

Sarasti y Alfaro formulaban mutuas protestas de consideración en visperas de la batalla. Y como la paz propuesta no podía aceptarse de parte de los conservadores, el 6 de Agosto se libró la de San Miguel de Chimbo, inesperadamente ganada por Venaza y el 15 los campos de Gatazo presenciaban lo que el mismo Alfaro llamó en su Relación de la Campaña: **la muerte del partido conservador ante la opinión política** ya que se concentraron las fuerzas gubernativas en frente de la revolución que más que en sus armas, tenía su empuje en la ineptitud de los gobernantes de Quito y en la fobia de los frailes revoltosos de la época.

El 4 de Setiembre Alfaro hacia su entrada triunfal en esta ciudad. Los HH. CC. se negaban a que sus educandos cantasen un himno compuesto en honor del caudillo, pero setenta mil vecinos acudían a saludarlo o cuando menos a conocerlo. La fama en relación al desastre era espantable: los dragones mitológicos guiados por demiurgos cavernarios venían con él, que prendería fuego a los conventos y llamaría a la concupiscencia en su consejo para realizar sus acostumbrado ejercicios.... Era él, un réprobo, ahito de sangre y de vicio.... Y no vieron sino unos hacinamientos de hombres extenuados por tan fatigosa campaña, cubiertos con chamelote azul para desafiar los hielos del Chimborazo, casi muertos de hambre, de paludismo o de tuberculosis.... Frente a ellos, su caudillo: pequeño de cuerpo, con su barbilla terca, su mirada dulce, sus manos blancas. ¿Estos hombres eran los terribles hijos de los llaneros? El desengaño originó la confianza en ellos; y aún cuando inevitablemente, los desmanes de esa gente azolaron la paz durante un largo lapso, nadie que recurrió a su jefe salió descontento en su demanda: era un hombre pronto a la limosna que sacia el hambre y pronto al consejo que reboza el corazón.... El pueblo fué acostumbrándose a su mansedumbre y Alfaro penetró en su memoria, con tal intensidad, que se ha quedado en ella, por siempre.

* * *

Estratificar los partidos políticos es condenarlos a muerte. El partido, como expresión de comunidad, requiere el aporte de las opiniones que lo integran y que traduce en una pauta de principios, ágil ante todo, para preveer las necesidades del país en cuyo beneficio se entiende labora. Naturalmente, el partido tiene su expresión en su programa, pero afirma su prestigio, en los hombres que responden de él y lo propugnan.

Así, el partido político es útil en una democracia: es vital en la discusión de las cuestiones públicas y su supervivencia organizada, garantiza la seriedad cívica de un estado. Hay que procurar que los partidos subsistan en beligerancia honesta en la República: sólo así la opinión nacional puede traducirse fielmente y el balance de criterios, responder al estadista en todo momento, del acierto de su gobierno.

Los partidos históricos que en el 95 se perfilan son: el conservador y el liberal. ¿Cuáles sus principales diferencias? ¿Hay una pugna científicamente acusada en sus programas?

Ninguna quizás.

Ambos están de acuerdo en exaltar, en sus normas, los principios del 789 que la Revolución Francesa impuso al mundo y que fundamentaron el individualismo más ascendrado frente a los desmanes de casta privilegiada que legalmente ocurrían en aquellos días. Es el liberalismo o escuela clásica la que los informa. Uno y otro en el Ecuador los contemplan en esencia: en su aplicación, ya en la pauta constitucional, difieren, se desvían y, —para la multitud—, chocan hasta tornarse antagónicos, irreconciliables, divergentes.

Pero no es así. Tanta justeza de observación hay en este razonamiento, que la lectura, por ejemplo, de los últimos programas liberales, causa en el nuevo espíritu la misma sensación que las proclamas de Schümacher o los proyectos del doctor Arízaga.... La fobia ultramontana, el odio o la defensa de la clerecía, la cuestión de laicismo o de neutralismo en la enseñanza, el respeto a la propiedad con los distinguos de manos muertas o no muertas y las cuestiones referentes a preparaciones eleccionarias para que el poder central ejerza las funciones cívicas con caritativa ingenuidad: he aquí las grandes diferencias que podemos apuntar en unos y otros! Pero en su integral concepción del Estado, ¿no es verdad que, por reconquista del tiem-

po, el 95 o la Asamblea Conservadora del 28, son fraternas expresiones de aspiración? Limad sus pequeñas diferencias; abandonad por un momento **in-mente** la cuestión católica de discusión programática y confesaos, como lo he hecho yo, que realmente ambos partidos históricos se vincularán con prontitud si se avicinan las nuevas ideas sociales, inminentes a nuestro pesar, y en cruzada ciega se opondrán al proletariado que no quieren francamente inscribir en sus registros....

Por eso el 80% de liberales son católicos activos y hay una buena suma de frailes que son liberales prácticos. Hay que reconocer que es aparente esta oposición y que ella obedece al fragor de la lucha de hace treinta años, cuando el liberal se creía en la obligación de ser comecura, intransigente, vengador de los antiguos degüellos o de las depredaciones constantes de los ministros de la Iglesia y el conservador, que se prestaba a sacrificarse por estos, creía enemigos de la fé a los que en cierto modo llegaban a vengarla....

No es pues de guerra religiosa la contienda liberal conservadora, sino de sistema de gobierno, único en esencia; divergente, en cuanto toca la esfera de actividades públicas que se reconoce o se niega a la Religión en el Estado.

Fué un conservador quien libertó a los esclavos en el país, cuando Rocafuerte los había olvidado. Fueron conservadores los que pidieron la libertad de imprenta a nombre del Progresismo.... Fueron liberales los que intercedieron ante la autoridad pontifical por la Santa de Quito, el arzobispado del sabio historiador y contribuyeron a la difusión de su fama. De modo que, en esos mismos días, sólo en las turbas ignaras o en cierto militarzuelos con mando, —inevitable resaca aún de las revoluciones pacíficas—, vivía el sentimiento de clerofobia o ateísmo, tan de mal gusto por otra parte.... Era ficticia esa atmósfera y tenían aquellos hombres que fomentarla, porque mientras no se cortaran las innumerables cabezas de aquella hidra, no podía conseguirse calma en la República. Las montoneras se multiplicaban por generación espontánea: en el norte, en el centro, en el sur.... En el sur, legaron a la crueldad ya que no podían llegar al heroísmo! No se diría sino que este pobre país iba aceleradamente a su ocaso como el Paraguay, siendo indiferente a los ciudadanos el porvenir de la Patria, su progreso industrial, la vertiente que la agricultura abre en el mercado para filtrar por ellas la riqueza pública precursora del progreso, ya que

asuntos tan poco trascendentales como sus escolásticas divergencias, los apasionaban ensangrentándolos...

Un partido tiene su movimiento directamente orientado hacia el mando. Pero esto no le faculta para extinguir a los otros: debe controlarlos, —como ahora se dice con barbarismo novísimo—, y puesta en ellos su atención, rectificar su conducta. La permanencia del Partido Liberal en el Poder lo ha anquilosado; prácticamente, lo ha matado. (1) Ahora es el momento de que reavive sus cenáculos modernizando sus principios, afrontando resueltamente, no el peligro conservador, ficticio mientras no se aproxime a una realidad económico social, —porque ya no se cree sino se cuenta—, sino el peligro que nuevas aspiraciones pudieran ofrecer a la tranquilidad pública, si son precipitada o torpemente dirigidas.

* * *

La obra del Viejo Alfaro habría sido incompleta si únicamente hubiese comprendido la lucha religiosa. Su mérito es el haber creado ambiente para que su país se ponga a tono con el pensamiento del mundo y por eso fundó Colegios laicos y por eso envió muchachos al extranjero, a que vean, se empapen de realidad y vuelvan. Por eso el ferrocarril se hizo, por el milagro de su energía y de su valor, contra la triple entente del odio, la envidia y la ignorancia. Por eso su vida, diáfana y popular, abriollanta lo mucho de paternal que hay en su figura, ciertamente cristiana en el sentido justo del calificativo.

* * *

Señores alumnos:

Que os deje una enseñanza fundamental este discurso: La vida de la Patria es la única que justifica una agresión y ella se aprecia por la unanimidad de conciencia pública que la apoya. Esas diez y seis mil firmas que Guayaquil puso al pie del Manifiesto del 5 de Junio de 1895 son una gran fuerza en la Historia y representan largas luchas, de años y años, en las que los

(1) Meses después, en la Asamblea "Liberal-Radical-Socialista" así se declararía enfáticamente, luego de un rudo y estéril debate.

sacrificios y el desinterés no admiten duda alguna. Alfaro representa por eso un ejemplo tan plausible de amor a su suelo, que nadie ha podido negarlo; y por eso alcanzó el máximo honor que un ciudadano puede perseguir: encarnar el alma nacional, corporizarla en sí. Alfaro fué el Ecuador para todos, durante muchos años, así como fué la bondad, la irreductible fé en el triunfo, la constancia. Porque no hay que olvidar que durante un largo cuarto de siglo tuvo para el país el significado del hombre que guardaba el secreto del éxito, el conjuro contra la desesperanza, el latigazo de fuego contra la cobardía, la admonición sagaz contra la duda, la sonrisa consoladora en la desgracia y la paternal vigilia cuidadosa, en los descansos de la Patria.

Todos los programas políticos aspiran a implantar la tolerancia como fórmula de armonía. Señores: que en el Ecuador se la obtenga siquiera por la advertencia del hambre que diariamente recibimos. Seamos hombres de principios del siglo, antes que hombres de fines del novecientos.... Consideremos que cada uno de estos partidos ha cumplido con su desempeño histórico, mejor o peor, pero en gestión que va para juzgada, y aprestémonos, si lo gustáis, a comprender su porvenir más certeramente; apreciación que, por otra parte, no entraña una novedad. Ya en 1923, Don Luis N. Dillon sostuvo que al Partido Liberal le convenía ante todo, buscar **"soluciones económicas y sociales por sobre todas las cosas"**....

Para conseguirlo, tiene que despojarse de prejuicios, explicables antes, en los días de fragor, cuando era moneda corriente que extranjeros desperdigados irrumpieran en nuestros valles con sangre fría espantable; cuando podía discutirse si en bien de la Iglesia desvinculada de su primordial función, ecuatorianos ambiciosos; los llamasen frecuentemente para su cosecha de sangre; cuando había que batir a frailes bohemios que en el Ecuador encontraban su Jauja y su Capua y en perpetuo ajeteo tenían al Estado.... Pero hoy, señores, aún cuando permanezca latente ese hervor pasional de los conservadores, que involucren hábilmente su triunfo en el de la religión, que nadie ataca, es como una espuma anacrónica, si también no se apresuran a contemplar la realidad y buscan fórmulas sociales y económicas sobre todas las cosas....

En el Ecuador nunca hubo precisa ideología de partido, como para ser pauta inexorable de sus hombres representativos. El primer liberal es Elizalde; el primer conservador, es Noboa:

Elizalde y Noboa son católicos. Urbina triunfa en nombre del liberalismo. García Moreno... ¿A qué partido pertenece García Moreno? Es el autócrata: con él la conciencia pública desaparece oficialmente. Borrero tiene el voto de Montalvo: todo el país lo cree suyo: los conservadores, porque mantendrá la Carta de Esclavitud; los liberales, porque no los desengañará pronto. Veintimilla escala la Presidencia como liberal: ha triunfado con ellos; luego los persigue, después los busca.... Caamaño es la sombra chinesca de García Moreno: carece de su genio, de su fuego, de su *imperium*: Caamaño también se dice liberal, o progresista a lo menos, en sus últimos días. Don Antonio Flores, —uno de los pocos hombres ilustrados que ha ocupado la Presidencia del país—, funda realmente el Progresismo: los conservadores están ya descontentos de su programa: hay que remozarlo anticipándose al empuje liberal. Quizá pudieran imitarlos ahora.... Y le sucede Don Luis Cordero, igualmente progresista. Estamos en la era radical: Alfaro, Plaza, García, etc.... Decidme: ¿Cabe continuar considerando el problema como antes? ¿No tenemos una experiencia que aquilatar referente a coloridos políticos, a fobias de uno u otro bando, a intrigas por el fraile o el militar?

Señores: que la nueva juventud, crea o no en los misterios, no nos preocupa. Pero que se prepare a pensar, a buscar esas fórmulas sociales y económicas indispensables en el día y que ante todo, burile su propia personalidad y entonces sí, con firmeza, tome el rumbo que convenga a su pensamiento....

Quito, Junio 5 de 1931.

SONETOS EXHUMADOS

Augusto Arias

MAYO PROFANO

Eras cirio de altar. Tu llama la palabra
inaccesible al soplo. El cirio te perfila.
La abeja de tu alma le cera limpia labra
y tu voz, como llama, es luz en la papila.

Para el retablo cándido flores de terciopelo.
Pero la imagen pura no estaba en el retablo.
Era Diana en los bosques milagrosos del cielo
y su flecha era llama en la entraña del diablo.

Arcángel condenado por tus místicas manos,
como a Juan Ruiz me atraen los caminos humanos
y de su trigo dulce hago pan de mi hostiario.

Que te cante Berceo como a Santa María.
Más que tu cera virgen tu abeja buscaría,
dejando a tu ángel terco dormido en el almarío.

VELADA

Tiene el anhelo de las altas horas
la urgencia de la vida que resbala
o que se baña en claridad de auroras
con la voluble languidez de un ala.

Por la sonrisa se hacen insonoras
nuestras veladas en la antigua sala.
Por las airosas plantas trepadoras
tiene un bajo dolor la hierba mala.

Discreción de murientes reverencias,
ponzoña en que se nutren nuestras ciencias.
Es tu abalorio un estabón de ruegos

y un granate el pesar de tu elegancia.
Solo viene en el aire la fragancia
de tu jardín: el parque de los ciegos.

TREBOL

Si en el ancho camino no te espera
mas que un gris divagar y un tono tardo,
no hay que envidiar la ajena primavera
ni la estética vida de Leonardo.

No te hará mal la vida postrimera
si hay que morir en un olor de bardo,
con seco corazón de adormidera
y adornado con pétalos de nardo.

No hay alma buena ni canción posible,
sólo el carácter vuélvese invencible
y no es mejor el trébol que la cruz.

Trifolia insignia, marca el camino.
Palacio de cristal adamantino.
Morada de Teresa de Jesús.

PROPOSITO FUGAZ

Para su rostro de perfil egipcio
no ha de buscar el madrigal reflejo.
Ha de sentir el pávido suplicio
firme y sin sombra del humilde espejo.

No sé quién pueda de su gracia entera
fijar la inquieta, la elegante huella.
¿Será el soneto, el madrigal? ¿Quién fuera
para eclipsar sus ojos una estrella!

El soneto imposible a vuestras manos
sería vuelo de lirios hermanos.
Pero la flor escultural se olvida

en el vaso prismado del terceto.
Propósito fugaz el del soneto
como la torre esbelta y abolida.

Quito.

Homenaje al Ministro de Colombia, Señor Doctor Don Ismael Enrique Arciniegas

Discurso pronunciado por don Gonzalo Zaldumbide —socio de la Jurídico-Literaria y compañero nuestro—, en el Salón Máximo de la Universidad Central, en honor del distinguido poeta y escritor Excmo. Sr. Dr. Dn. Ismael Enrique Arciniegas. El acto, organizado por la Jurídico, se desarrolló el 3 del presente, con asistencia del Encargado del Poder Ejecutivo, Sr. Dr. Dn. Alfredo Baquerizo Moreno, de los ministros de Estado, miembros del Cuerpo Diplomático y un selecto grupo de intelectuales.

Mi querido poeta:

Amistades como la nuestra tienen la virtud y el encanto de perdurar a través de todos los cambios y vicisitudes. Si es verdad que el Ministro de Relaciones os llamaba, más cierto aún es que el amigo os descaba. Es pues el amigo de siempre quien ahora os saluda. Felizmente vuestra misión, aunque múltiple en aspecto y atenciones, es una sola en el fondo; y me bastará hablar aquí de vuestra condición de poeta para dar a entender el espíritu de cordialidad y sinceridad que inspirará la labor de acercamiento que tan acertadamente se os ha confiado.

Os recibo rodeado de algunos amigos para vos nuevos, pero para quienes vuestro nombre y obra son familiares de tiempo atrás, todo aquel que estrecha vuestra mano franca, tendrá la sensación de conoceros de antiguo: pues, quien ha leído una estrofa vuestra, de esas que andan volando de hoja en hoja, vale decir como de boca en boca, ya no os olvida. Vuestro renombre os ha precedido y así estáis aquí como en casa vuestra. No necesito presentaros. Mas si tuviera entre los dedos la pluma de vuestros **Paliques**, contaría varias enécdotas espirituales de vuestro paso por París, en donde me pareció tan natural encon-

traros por primera vez, que fué cual si desde antes hubiéramos comenzado la sabrosa charla que todavía no acaba. Llegásteis a nuestro viejo París tan embebido de lo mejor de su espíritu que no hacíais sino continuar la línea de vida que os habíais trazado en el arte. Deambulábais por sus calles y salones como un ambulante florilegio francés en castellano, prodigando el tesoro poético que habíais acumulado antes de llegar. Vuestras traducciones de los poetas franceses, vuestras propias poesías, eran las elegantísimas credenciales que todo el mundo os reconocía.

Como emblema y símbolo de lo que os debía la poesía francesa, recordaré sólo el beso, *l'accolade* con que, nuestro viejo Haroucourt, el hosco poeta recluso entre las antiguallas del Museo Cluny, os agradeció efusivo uno de los momentos de más grata emoción de su vida, cuando rodeándolo en vuestra casa de un auditorio escogido, recitásteis en su presencia la versión que mucho antes de conocerlo habíais hecho de algunos de sus poemas. Por una parte, recordaré tan sólo cómo, en mi casa, intimásteis con Unamuno, que andaba huraño entre franceses como buen español que era y desahogaba su murria de desterrado hablando entre americanos como entre los suyos, y os convencía en un rincón aparte del alto valor literario de *Ifigenia* cuando vos creíais, viendo a Teresa tan bella, que con eso le bastaba y que todo lo demás le era por demás.

Mas, no hablemos aquí de París, aunque para vos como para mí nos era grato y familiar como la aldea nativa. Porque si se ama a París aún antes de conocerlo, cuánto más dulce y fuerte es su imperio cuando se ha convertido, en fuerza del hábito y la comprensión, en una especie de prolongación de nosotros mismos. Pues si París es la ciudad del mundo más difícil de explicar y de definir, es la más fácil de asimilar subcientemente. No hay sino que recordar cuán difíciles son de domar las otras grandes capitales y cuán refractarias al extranjero son las pequeñas, para apreciar ese don de captar voluntades que París ejerce sin esfuerzo alguno. Ciertas ciudades patéticas de nuestra España, ciudades de sugerencias perturbadoras de Italia, de Oriente, de Africa, nos hacen pensar repentinamente en lo extraño del destino errante y como sin raigambre, nos ponen en el corazón un lacerante deseo de felicidad o de un olvido estable. Mientras que en París ni siquiera uno necesita ser feliz de veras para estar contento. Es la villa de las consolaciones

innumerables. Entre las infinitas compensaciones que ella nos ofrece, alguna se encuentra siempre, que basta a volver la vida interesante; ya sea el arte, o la ciencia, o el placer, o la sociabilidad, todo os convida en apropiado ambiente y no forzado o intermitente como en otras partes. Y uno ni se pregunta si es París quien ajusta los espíritus y los corazones más desemejantes a su ritmo propio, o si somos nosotros quien calla, en el París múltiple y flexible, un París especial a imagen y semejanza de las propias inclinaciones. Porque París complaciente, teje y desteje la misma tela que nuestros sueños.

Recuerdo cómo gustábais de él. Mas, yo se que al recordar todo esto, y por eso lo hago, no avivo vuestra nostalgia. Ni quiero tampoco aludir al contraste entre la universal hospitalidad de la capital del mundo y la intimidad de este aprisco de casas adormecidas en un regazo recóndito de los Andes. Quiero sólo decir, y esto en honor vuestro, que en todas partes sois el que sois y valéis lo que valéis; y que, como andáis, ora absorto en vuestra ensoñación de artífice de versos puros, ora atento, con los ojos del cuerpo o del alma, únicamente a lo que en redor vuestro suscita en vos una sensación de poeta o una inspiración de artista, sabréis encontrar aquí como en cualquier parte vuestro pasto espiritual, color para vuestra paleta, metal para vuestra forja. Y de antemano os agradecemos por lo que de nuestra tierra habréis de cantar sin duda y en forma tal que perdurará, inmune al paso del tiempo, acaso más que lo que se construye en otros terrenos sujetos a lo deleznable de todo lo material o a lo versátil de la fortuna.

Enamorado sois del arte no perecedero. Y trabajáis, trabajáis la forma como una prenda de perennidad.

Cultor de la forma; escultor de la imagen poética, artista amante de la perfección: palabras que en estos tiempos se ha pretendido vaciar de su contenido, tomándolo como un juego de paciencia o una manía de esteta lleno de escrúpulos y remordimientos. Hoy hay que hacerlo todo como a la carrera. No importa que asimismo desaparezca. Pocos son ya los que como vos, hacen, deshacen, rehacen un soneto cinco o diez veces. Una asonancia, la más leve semiasonancia, os obseden; y hasta que no fulja primorosa y neta la pulcritud de la orfebrería, vuestro buril se afana infatigable.

Vuestro afán ejemplar es recomendable como norma de probidad intelectual y artística a las nuevas generaciones. Recor-

dando el arduo ideal, perseguido, alcanzado a veces por Leconte de l'Isle, por Joseph María de Heredia, y más cerca de nosotros por vos mismo, decía yo, no hace mucho, en alguna parte, cuán deseable habría sido que en medio a nuestra anarquía, tan prematura, persistiera el viril influjo de los Parnasianos, no porque su escuela encerrase el secreto de la poesía, pues no hay escuelas sino poetas, y el poeta de verdad lo es, por extravagante o absurda que sea la forma de expresión que adopte; sino más bien por cierta necesidad pública de ejemplos de conciencia artística, de exigente prurito estético y de vocación unívoca. Ahora el rigor de un soneto parece a muchos impacientes sólo un abuso de la tradición y despierta en ellos sonrisas de ironía fácil y satisfecha ignorancia. Mas, por ajenos que sean al secreto de la perfección, nadie puede desconocer esa especie de milagro que es un soneto logrado. El soneto es vuestro arte por excelencia vuestro ideal predilecto. Tenéis razón. Un soneto perfecto es un regalo de los dioses. Parece venir preestablecido y predestinado. Todo obedece en él a tan íntima correlación entre sus partes que se diría ordenado por invisible gravitación a girar sobre sí mismo conforme al número y medida de su armonía interior, más perceptible en el zumbir de las rimas, a la extremidad del verso, como en antenas estremecidas. Es el placer completo del intelecto y de la sensibilidad, participa de la matemática y de la arquitectura, de la música y de la plástica. No a otro arquetipo aspiran vuestros sonetos.

Bien, pues, mi querido poeta. Excusad a un viajero la brevedad de este cordial saludo que nada debe a la cortesanía ni en nada obliga vuestra gratitud. En respuesta a estas breves palabras, casi improvisadas si las comparo con el estudio que yo hubiera querido hacer de vuestro arte prolijo y exacto, sólo os pido, os pedimos todos, para regalo de nuestros oídos y nuestra mente, que os dignéis recitarnos unos cuantos de esos poemas en que, trasponiendo las heredianas normas heráldicas, habéis cincelado cosas y gentes de nuestra historia y de nuestras tierras. Los habéis fijado en contornos de una precisión cabal; tallados como diamantes, reverberan a la luz cambiante con sus iris independientes.

Abrid vuestro pequeño cofre y quedaremos colmados.

Gonzalo Zaldumbide

EL POETA MIRA AL PARQUE

Ismael Enrique Arciniegas

Del libro inédito "Tierras Lejanas".

I

La frente apoyo en la vidriera...
El cielo de azul se engalana,
Y en la fúlgida primavera
Canta su canción la mañana.

La mente inclino a lo más hondo
Del alma, en campos del Ayer;
Y marchito miro en el fondo
Todo lo que vi florecer.

Soplan auras primaverales
Dando más vigor a los músculos.
;Aquí las brumas otoñales
Y el silencio de los crepúsculos!

En el parque crece la yerba
Bajo radiante resplandor.
En el alma todo se enerva
Al paso lento del dolor.

Y evoco alegres ilusiones,
Campos azules, abriléños;
La juventud con sus canciones
Iba entre rosas y entre ensueños.

Fulgurante el cielo reía:
;Cuán hermoso era el porvenir!
Vino la tarde en pleno día
Y todo comenzó a morir.

II

La frente apoyo en la vidriera...
Verdes árboles, sol radiante.
Juventud!... También primavera
Fuiste del corazón amante!

Días que el alma triste evoca,
Alba rosada del amor!
Boca que buscaba otra boca,
Polen que va de flor en flor!...

En jardines primaverales
Las libélulas entre aromas;
Rosas rojas en los rosales
Y destilando miel las pomas.

Y van surgiendo en un ensueño
Amores de la juventud.
Pasan con el labio risueño
En concierto de arpa y laúd.

Entonces... retoño y retoño
En los rosales a la aurora...
Como lenta bruma de otoño
La tristeza bajando ahora!

En el alma, al ensueño abierta,
Algo de antiguo trovador,
Y de la vida en la áurea puerta
Con sus promesas el Amor.

De la luna la luz de plata
Brillaba en el barrio desierto,
Y una canción de serenata
Subía al balcón entreabierta

Pendiente la escala de seda
De los barrotes del balcón...
Del pasado ya sólo queda
Un rescoldo en el corazón.

Paseos bajo luz de luna
Por alamedas de rosales;
Dos bocas que el amor aún
En claras noches estivales...

Entonces... cantos, alegría,
Juramentos de eterna fe;
Y ahora gris melancolía
Del dichoso tiempo que fue.

III

La frente apoyo en la vidriera:
En el parque, vestidos blancos,
Y amantes en su primavera
Bajo los pinos en los bancos.

Primeros versos a la amada,
Cantos primeros de ilusión...
Son hoy cual queja desolada
En el fondo del corazón.

Tú, flor de la tierra nativa,
De los ojos fuiste embeleso.
Sólo a tu boca, rosa viva,
Le dio la muerte el primer beso.

Cuando se recuerda el pasado
Hay un deseo de llorar.
¡El árido camino andado
Si se pudiera desandar!

Sombras doloridas que vagan
Y esperanzas muertas deploran:
Astros que en tinieblas se apagan
Y voces que en silencio lloran!...

A la claridad matutina
Fragante erguiose el rosal...
Ya sobre el agua gris se inclina
La amarilla rama otoñal!...

Una palabra... un juramento...
¿Era verdad o era mentira?
Mentira o verdad es tormento
Cuando sola el alma suspira.

Se abría a la luz la ventana
En un radioso amanecer,
La ilusión decía: "Mañana"!
Y hoy el corazón dice: "Ayer"!

Mañana! Ayer! Polos remotos...
Lo que es dolor y lo que salva.
Claros sueños y sueños rotos,
Gris de la tarde y luz del alba.

Y al amor, que en sombras se aleja,
El alma dice: "Volverás"?
Y como una lejana queja
Se oye en el pasado: "Jamás"!

La hiedra fija sus raíces
Aun bajo nieve en la piedra.
Recuerdos de días felices,
Sois del corazón... siempre hiedra!

IV

Aromadas rosas de Francia
En los Casinos y en el Ritz;
Rosas que dais vuestra fragancia
En Montecarlo y en Biarritz.

Reservados de Restaurante;
De vida y de goce ansias locas,
El áureo champaña espumante,
Temblando de ósculos las bocas.

Nerviosa espera de la cita,
Penumbra de la "garconnière",
Fausto a los pies de Margarita
En el rosado atardecer...

Otra... extraño acento de arrullo,
Honda nostalgia en su mirada,
Y severo siempre su orgullo
En su dolor de desterrada.

Su imagen el pasado alegre,
Y fijos en la mente están
Su traje blanco y capa negra
En las carreras de Longchamps.

Días lejanos de estudiante,
Embriguez de ideal divino,
El corazón, rosa fragante
En noches del Barrio Latino...

Midineta boulevardina,
Boca roja, frente de lis,
Incitadora, parianchina,
Jilguero alegre de París.

Y del "Cabaret" la alegría...
¿Era del Rin o era del Volga?
En su vida un misterio había...
¿Era su nombre Elisa u Olga?

En otra, del vuelo el arranque,
Mirar nostálgico... y pasó!
Muchas veces junto a un estanque
Soñando la luna nos vio.

Tú, mejicana-parisina,
De cabello como aureola
De luz de sol, y habla divina
Entre francesa y española,

En la tristeza de un suspiro,
Lejos, a la orilla del mar,
Una margarita aún te miro
Melancólica deshojar.

Húngara triste, flor bohemia,
De ojos, miosotis del Danubio:
Cuán adorable era tu anemia
En marco de cabello rubio!

Tus pupilas vagas de Isis
Fingían decir un adiós;
Y casi exangüe por la tisis
Caíste en un golpe de tos...

V

La frente apoyo en la vidriera...
Un claro sol el cielo dora,
Riega rosas la primavera...
El otoño en el alma llora.

Se oye como una voz que ruega,
Como un gemido de laúd...
;Es en la tarde que ya llega
El adiós de la juventud!

LA ARQUITECTURA COLONIAL

César E. Arroyo

En el naufragio actual de las arquitecturas, en que los estilos consagrados se liquidan buscando nuevas formas en una ansia frenética de creación, una noble arquitectura se salva y afirma en el Nuevo Mundo. Es la arquitectura colonial que retoña triunfante.

Las primeras carabelas vinieron a las Indias Occidentales henchidas del espíritu del Renacimiento, que clareaba en Europa como una gran alborada. Guerreros y misioneros venían a construir un mundo nuevo sobre las ruinas de civilizaciones caducas, entre las cuales una civilización más poderosa había de imponerse y prevalecer. Tenían que construir templos, palacios, casas. Las moradas de Dios, de la autoridad y del hombre. El estilo renacentista nacido en Italia a la caída de Constatinopla, fué una reviviscencia de los estilos de la antigüedad clásica, tocados de la suntuosidad y de la madurez decadente de Bizancio. La serenidad del espíritu griego, su esbeltez y elegancia se funden con la fortaleza, la grandiosidad y la pujanza romanas, cubriéndolo todo la pompa caduca del cercano Oriente.

Este estilo ilustre se fundió en América con los mejores elementos arquitectónicos indígenas, que supervivieron por la virtud peregrina de su gracia. Hay también en el estilo colonial dejos moriscos, como que fueron en gran parte andaluces los constructores de la nueva civilización.

Este estilo, impropriamente llamado colonial, ya que nunca fueron Colonias sino Provincias los dominios españoles de América, presenta diversas características en la arquitectura religiosa y en la arquitectura civil.

En la arquitectura religiosa se corona el frontón griego con la cúpula romana. Las columnas son, por lo regular, jónicas o corintias, adornados los fustes con guirnaldas, palmas, paños, carátulas, etc.

Las *antas* se elevan sobre pedestales y *estilobatos* sosteniendo plafones decorados con flores y arabescos.

No es raro el empleo de *cariátides* como soportes.

El predominio de lo ornamental en el edificio renacimiento engendra otro estilo esencialmente español, denominado *plateresco*, por estar en él todo primorosamente cincelado como por un orfebre.

En el estilo *plateresco* es casi obligado el *frontón* multiforme, formado ya por líneas rectas ya por líneas curvas. Se prodiga las estatuas y los bustos, dentro de hornacinas labradas.

Los arcos son de medio punto, y la bóveda de cañón del estilo romano; pero tanto aquellos como ésta, profusamente exornados con diversidad de motivos. Los *timpanos* y los arcos suelen ostentar medallones.

La fogosa imaginación española hace fermentar los elementos *platerescos*, engendrando el estilo *Churrigueresco* en el que se llega al delirio en todas las formas de ornamentación. Las columnas clásicas se retuercen, tornándose *salomónicas*, por cuyos fustes se enlazan y trepan toda suerte de ejemplares de flora y fauna. La línea recta ha desaparecido y dominan las curvas voluptuosas. Los *frisos* se pueblan de ángeles y de figuras simbólicas. El *molduraje* recargado de adornos sobresale, y todo contribuye a dar una impresión sofocante. Los vestidos de las figuras parecen batidos por un viento de voluptuosidad. Se ha dicho que *churrigueresco* es un arte degenerado. Pero no hay duda que ha producido obras deliciosas.

Este estilo se prodigó en América, en pétreas portadas y en áureos retablos. Como ejemplares típicos del *churrigueresco*, podemos señalar la fachada de la Iglesia del Sagrario de México, y los retablos de la Compañía de Jesús de Quito.

En las construcciones civiles de la época española en América predomina la elegante sobriedad. Edificios cuadriláteros con arcos de medio punto formando nobles arcadas y soportales. Pétreas fachadas sobrias y blasonadas, anchos ventanales cuadriláteros, a veces elípticos y levemente lanceolados en los muros superiores. *Pináculos* renacentistas; esferas de piedra como elementos decorativos. *Cornisas* onduladas y ondulantes en graciosos declives. Ejemplares tipos son el Palacio Virreynal de México, al que recientemente se le ha añadido un piso, siguiendo el mismo noble estilo, y el Palacio de Torre Tagle de

Lima, en el que se puede admirar, además, una gran riqueza ornamental en tallado de las más nobles maderas.

La casa colonial es severa y sencilla. En los lisos muros y sendos se rasgan las ventanas protegidas por fuertes rejas de hierro forjado. La fachada es sobria. Un frontis de piedra coronado por un escudo heráldico o por una imagen o símbolo religioso.

El alero de madera tallada protege los muros y ornamenta el sencillo conjunto. En el interior, bellos patios flanqueados por galerías formadas por arcos de plena cimbra. Los zócalos y los poyos son de azulejos; y los techos de vigas, o artesonados de madera decoradas. Las puertas son ferradas y claveteadas. El hierro forjado se hermana admirablemente con la piedra y las finas maderas para dar una sensación de señorial fortaleza. Un dechado de casa colonial es la casa solariega de Bolívar en Caracas, ciudad en la que, como en Lima, predomina este bellísimo tipo de casa que se ha mantenido en América hasta los últimos desastrosos tiempos en que la tosca arquitectura alemana y los nefandos estilos incubados en las Exposiciones de París del siglo pasado han venido a estragar el gusto, sustituyéndolo la noble casa antigua con los verdaderos mamarrachos edificadas que, a porrillo, podemos contemplar en cualquiera de nuestras ciudades.

La gloria de haber reivindicado el estilo colonial es muy reciente y le corresponde a la Nación Mexicana y a su genial civilizador José Vasconcelos, que en cuatro años escasos produjo una verdadera renovación arquitectónica en el Nuevo Mundo, reivindicando para la arquitectura nuestra el sitio de reina que le correspondía. En su breve pero luminoso paso por el Ministerio de Instrucción Pública de los Estados Unidos Mexicanos, José Vasconcelos pobló de grandes y nobles edificios coloniales la capital de la República, que con razón ostenta el alto título de "ciudad de los palacios". Ante el asombroso resultado obtenido por Vasconcelos, el Municipio y los particulares de México empezaron a seguir su ejemplo. El Ayuntamiento, que había reconstruido su palacio en estilo renacimiento español, otorga cada año cuantiosos premios pecuniarios para los mejores edificios particulares que se construyan en la ciudad de México, con la única condición de que han de estar edificadas en el más puro estilo colonial.

Los Estados Unidos de Norte América, que si no han logrado crear un arte original, tienen el buen sentido de adoptar para sí las mejores realizaciones estéticas, siguen ahora el noble ejemplo de sus vecinos. Las modernas construcciones en las más importantes ciudades de los Estados del Sur, como San Francisco, San Antonio, San Luis, San Diego, Los Angeles, Sacramento, etc. han sido levantados en el bello estilo colonial. ¿Y sabéis a dónde los norteamericanos envían a estudiar a sus futuros arquitectos? Pues no es a Francia ni a Italia ni a Bélgica ni a Inglaterra, menos a Alemania, sino a México, donde está depositada la más excelsa tradición arquitectural de América.

En cambio, en Quito, que con México y Lima ha constituido siempre la trilogía insigne de las artísticas urbes coloniales, se viene borrando estúpida y torpemente, por sistema, con verdadera saña, el propio arte perilustre. Sin temor a exageración, se puede afirmar que todo lo que se ha construido bajo el régimen republicano pudiera desaparecer sin que el arte de América pierda un solo destello de su esplendor inmarcesible. Aquí se persigue a la piedra, y cuando no puede destruirla, se la embadurna de cal o se la pinta, profanándola de manera inverecunda. Fueron demolidas, una a una, las deliciosas y cantantes fuentes de piedra. En las casas particulares se tiende a suprimir el patio y las anchas galerías. Se ha tenido la torpeza de suprimir los aleros en las nuevas construcciones. El hierro forjado se ha sustituido con los llamados "mariscos" ridículos de barro. El cemento y los arquitectos alemanes han hecho el resto. Ya no es ni será nunca Quito la "Roma de América", la "Toledo del Nuevo Mundo", como se la llegó a llamar. Es una ciudad cualquiera, que se encuentra en cualquier parte, excepción hecha de sus egregios templos, de sus conventos majestuosos y serenos, y de una que otra calle antañona, a donde todavía no han llegado la piqueta demoledora para sustituir la casa colonial llena de evocaciones por la cursi vivienda pretenciosa del tendero rico.

Ha habido tal torpeza en Gobiernos, instituciones y particulares, en lo tocante a arquitectura, que nos parece que a este esencial respecto, ya ni siquiera hay salvación para nuestra bien amada ciudad de San Francisco de Quito.

Quito.

CANTO A BAÑOS

Antonio Montalvo

Baños. Una naturaleza de Edén puesta en marco de volcánica fiereza.

José Enrique Rodó.

Oculto, como un raro tesoro, en sus extraños cerros en donde canta su canto azul el agua vive su sueño lírico y romántico Baños la del Pastaza homérico y el viejo Tungurahua.

El viejo Tungurahua, que bajo el tibio cielo para alumbrarla enciende sus altas fumarolas. Y suelta a las alturas —quedándose él a solas— su cohorte de los cóndores en fantástico vuelo.

En el antaño muerto, sin embargo... en la era del coloniaje ibérico... hacia el mil setecientos... el volcán, como nunca ningún otro lo hiciera dió la vuelta a la tierra por sus mismos cimientos.

Fué la negra iracundia de un hosco dios ignoto que en el libro del tiempo ni la vida no estaba... y Baños, la flor de oro, quedó nadando en lava sobre las furias ávidas del cruento terremoto.

Pero antes de eso... ah, tiempos de calma!... sin asomo de iras apocalípticas ni de bravos furores... cuando con grandes sedes nuestros conquistadores fueron en pos del árbol sensual del cinamomo.

Lo mismo que hoy, entonces... Baños era la puerta del corazón fragante de luz del Eldorado y por ella pasaron en éxodo alocado las huestes del coraje con sus ansias alerta.

Fué en la hora de la gesta de los pasos triunfales,
cuando aquí balbuceaban la lengua de Castilla
y en plena selva habían una nueva Sevilla
del Oro y la Logroño... las muertas orientales.

Mas eso... ya está escrito en mármol de la historia.
Y, alma eterna de fénix —que cuidan mil vestigios—
Baños, el paraíso, vive para los siglos
a flor de primavera como un nuncio de gloria.

Vive con la epopeya dormida del granito,
del fuego y de la nieve en el volcán cercano
y con la otra epopeya que reta al infinito
con su grito de ciclope: el río soberano.

El gran río! El gran río! que es tormenta y es ruego,
que es un lloro y un cántico; y es súplica y tragedia...
que se desgalga y salta y se aleja y asedia
entre nubes de espumas... de espumas como fuego.

En la cascada rútila de luz de Inés María,
que es la bella cascada musical del amor,
Bethoven toca su épica Novena Sinfonía
en el ritmo imposible de un encanto mayor.

Y en Agoyán, el salto del pavor sempiterno,
que a su impetu armonioso mezcla un gesto divino,
grita el alma gigante del grande florentino
doblando las dantescas campanas de su Infierno.

Y después... en los vientos que susurran como olas
la orgía del perfume nacida en los jardines:
en la nieve aromática de los blancos jazmines
y en los rojos ocasos en flor: las amapolas.

Y en las tierras fragantes que nunca fueron áridas
el himno de la caña con la fruta olorosa,
Y en la luz de los ángeles, sobre el paisaje rosa,
volando los crepúsculos un vuelo de cantáridas...

El lírico conjunto sueña, idealiza y canta
las psalmodias eternas:
en el milagro de agua de las buenas cisternas
y en la Virgen de Ensueño: la Virgen de Agua Santa.

La linda Virgen Dulce que en los siglos distantes
cambiando —don divino— en luz de la chorrera,
dejó en el cerro altísimo su larga cabellera
al beso del sol pálido y los vientos errantes.

Campos para la helénica fiesta de los amores
que viven con las prófugas canciones de las alas...
y en donde, hollando azahares, las vírgenes zagalas
danzasen enlazadas junto con sus pastores.

Y en tanto el viento cálido pone su vuelo en salvo,
por los floridos huertos que esperan el idilio
va en silencio la sombra latina de Virgilio
seguida de la sombra gloriosa de Montalvo.

Egloga de las églogas perdidas en los Andes!
Como un racial ensueño de heráldica grandeza,
la arcádica aldehueta prodiga su belleza
dando a la vida el ritmo para los cantos grandes.

Y así irá por el tiempo: creciendo con la raza...
con su himno de armonías y el salto azul del agua,
viendo cómo se incendia de orgullo el Tungurahua
y amando siempre el épico rugido del Pastaza.

EL AMOR UNICO

Luis Anibal Sánchez

Damos a nuestros lectores este cuento inédito de Luis Anibal Sánchez, ese adolescente que fué algo más que una promesa para las letras ecuatorianas. La mejor parte de su obra se halla en su revista "La Idea".

De todo escribió Sánchez: críticas, cuentos, poemas en prosa. Sólo se publicó un libro recibido con júbilo por la crítica del Exterior: Palabras con Flordelina. Su padre, el Sr. José Pompeyo Sánchez, colecciona con afecto, la muy apreciable producción de Luis Anibal Sánchez, cuyo nombre recuerda el de una familia de literatos y poetas: Quintiliano Sánchez, Manuel María Sánchez.

—Bueno, el señor será el señor, y provecho tenga de sus dineros. No quisiera envidiárselos, porque, para mí, basta con la casuca siempre aseada y el bocado que no me falte cada día. Pero a Martina que no la mire así, porque la sangre se me quiere saltar por las venas. Acaso no sabe él, que ya es mi novia? O es que el querer aunque sea como Dios manda, hemos de perder los pobres?

—Mira, Fermin, ya te lo he dicho porque es notorio en el pueblo y para que te pongas alerta, pero cuida de ser prudente, y nada de exaltaciones, son peligrosos, siempre, para los gañanes los señores y allá hay una autoridad para darles la razón a ellos y ponernos a pudrir en la cárcel. La ley es así, te lo digo por experiencia. . . .

En la tabernuca mísera y de aire pesado, los dos hombres, fuertes, de anchas espaldas, con el sombrero metido hasta la mitad de la frente, hablaban con fervor. Fermin, más mozo, tenía la cabellera lacia y negra que le sombreaba el rostro enérgico, curtidos por el sol, orillados los labios con el bigote ralo. . . . Era peón en la hacienda del señor Oviedo y en la aldea todo el mundo sabía su noviazgo con Martina, la del lado de San Diego.

El otro un solterón extraño, de mala fama por su desenfado y sarcástico decir, era, también, gañán de la hacienda. Se llevaban bien, como hermanos y tenían las casas vecinas. Era el mediodía, el mediodía pueblerino, tan cansado y monótono, con un sol que incendiaba y que ponía fuego en la sangre.

Los dos hombres tomaban, para refrescarse, el guarapo amarillento, de vuelta de la estación ferroviaria a donde fueran aún antes de que no había salido el sol a despachar la fruta para la ciudad.

La plaza aldeana se hallaba desierta. Sonaron unas campanadas tímidas, claras, como voces de niños.

Los dos gañanes, interrumpiendo la parla, se pusieron de pie, reverentes con el sombrero en la mano.

Cuando tocan la hora del ángelus, el espíritu debe serenizarse y purificarse y echar de sí las ideas del mundo, para rezar la oración sencilla y simbólica de esta anunciación anhelada, perennemente, por todos los corazones. . . .

* * *

La casa de Martina, se hallaba a la orilla del río. Había, para llegar a ella, que efectuar un largo descenso por aquel camino angosto y vetado, a trechos, de piedras, que estaba sobre el abismo y que de lejos, hubiera parecido impracticable. La tierra dura, estéril, amarillenta, era hostil en la altura. De allí el paisaje del fondo era inusitado en su verdor, con su luminosidad, con sus huellas de vida, de naturaleza exuberante y magnífica.

Conforme se iba bajando, el aspecto del suelo cambiaba para presentar más de cerca un prodigio de vegetación. Vencida una última curva, las huertas exuberantes, aromadas, tupidas, se mostraban limitando el sendero estrecho y húmedo con los árboles lozanos de capulíes ahora maduros, de peras amarillas, redondas, incitadoras. Aquí y allá perdidas entre la fronda espesísima, las casuchas campestres surgían de improviso con un penacho azulado de humo, con la techumbre pajiza en forma de cono, con las ventanas aplastadas, diminutas, decorados los contornos con la gaya policromía de las gallinas que picoteaban la tierra jugosa y removida, de las palmas que buscaban en

el suelo los perdidos granos de maíz, mientras el perro somnoliento iba en pos de la sombra de los árboles.

Fermin y Ricardo, sudorosos caminaban ahora ya por las huertas de regreso del pueblo. El muchacho le quería ver a Martina para decirle lo del señor Gustavo y manifestarle que en la aldea empezaba la murmuración de la gente, que él nunca consentiría. . . .

El claro y resonante ladrar de **Sultán**, anunció en la cabaña la llegada de los dos amigos. Martina salió a recibirles.

Le sorprendía la visita a tales horas.

Era una muchacha primorosa, la flor de la hacienda. Tenía una belleza, delicada y suave, que se desbordaba por los ojazos negros, luminosos, ingenuos.

—¡Vaya! que no te esperaba, Fermin.

—Y la vida don Ricardo?

—Pasándola, chiquilla, con la voluntad de Dios, con salud.

—Vienen de dejar la fruta?

—A la madrugada salimos para la estación. No está mala la cosecha y el señor no puede quejarse de este año. Buen año, como pocos, Dios mediante y el tiempo que hemos tenido.

Entraron a la casuca, con excepción de Ricardo, que, cansado como pocas veces, se tendió afuera, en el suelo, junto a los sacos de fruta. Para eso era de confianza en la familia.

La madre de Martina se había marchado a las Juntas por unos encargos que le hiciera doña Juana para el Juez Civil. Ya volverá pronto, quizá antes de una hora.

Fermin entró hosco y enamorado, fué a sentarse al lado de Martina que se sonreía con cariño.

—Martina, he de hablarte de nuestras cosas. En el pueblo la gente murmura del señor Gustavo. . . .

La voz le temblaba al gañán y, a ratos, se le saltaban las lágrimas. Hablaba con toda la emoción de los hombres sencillos, casi primitivos, que no entienden de complejidades ni de problemas y para quienes el amor es quererse de hombre a mujer con todo su corazón, con toda su energía, con toda su voluntad, como Dios manda y lo impone la ley.

Hablaba con fuerza, impetuoso, vehementemente, con su inmenso cariño por la muchacha, que será de él, pese a todos y más al señor que era rico, pero tan sin corazón y creyendo que porque ellos eran siervos y pobres, no tenían, como todos, el derecho a amarse.

* * *

Ya era insoportable. Cuando veía de lejos al señor, al señorito, tan emperejilado, tan fatuo, con su cara llena de polvo y afeitado como una mujer, con sus amaneramientos cursis, paseándose por esas tierras ricas y fértiles, llenas de savia que él apenas conocía, que no las fructificaba con el sudor de su cuerpo, ni con el esfuerzo de sus músculos, toda su alma de campesino se retorció de ira. Claro, Fermín no dudaba de Martina, le quería a él, ardientemente, con todo su corazón; mas el señor, el amo, era siempre un peligro. Y, además, tan decididor, tan labioso, tan pródigo de bonitas palabras, que, al fin, sin sentirlo, le embelesaban a la muchacha tan cándida, tan sencilla, tan buena amiga de plática agradable....

Y ahora, como todos los días, como siempre, Gustavo, con cualquier pretexto, había venido a la choza de Martina y había hablado, largamente, con ella. Fermín notara desde atrás cierto cambio con su novia; no era desamor, ¡claro! pero había algo que no acertaba a explicarse. Estaba un poco triste, distraída, como pensando en cosas lejanas e inalcanzables....

Desde el dintel de la puerta, el mozo veía que se alejaba por el camino, el dueño de la hacienda. ¡Si se abriera la tierra y se lo tragara al taimado! ¡Si el sendero pudiera agrandarse y cobrar vida para ayudar a Fermín!....

Dominador, altivo, orgulloso, el señorito se alejaba, en aquel caballo magnífico, admiración de las gentes. De vez en vez, regresaba a mirar a la cabaña.

Martina, ligeramente pálida, se acercó al amado.

—Me vas a contarme lo que te ha dicho Gustavo.

—Pues nada, cosas tan insignificantes y sin importancia.

En la voz trémula se le notaba la mentira. Fermín insistió.

—Me dirás todo aquello, Martina. Si nó, yo sabré lo que he de hacer.

—Nada, nada, te lo prometo.

—Has de mentir, has de mentir, porque no me quieres y, acaso, nunca me has querido.

La chiquilla se conmovió. No, no era así.

¡Ni cómo había de engañarlo a Fermín! Estaba dentro, en su pecho, tan hondo, que ella misma no sabía donde, y si escuchó alguna vez a Gustavo, que era..... bueno. Mas Fermín,

el único amado le perdonaría. Eran caprichos, cosas raras de Martina, quizá locuras; mas ella era así, sin intención, sin pensarlo. El señor le hablaba de cosas tan dulces, tan tiernas que, a veces, ella las sentía con todo su sentimiento, con toda su emoción.... Sugestionábanle tanto a su espíritu ilusionado, "bobalicón", como decía su madre aquellas frases de Gustavo que tanto le conmovían.... Eran sus frases tan dulces, que le sonaban a música.

Fermin le escuchaba dolorosamente. ¡Lo que él había temido! ¡Claro! Gustavo le engañaba a la chiquilla con la miel de sus palabras, con sus retóricas que eran magnífico anzuelo... Y a Martina le gustaba hombres así, que dijeran cosas tan bonitas, aquellas que se aprenden en los libros.

Su corazón le aconsejó el recurso supremo. Martina, enternecida, temerosa, se había callado.

Preocupábale la mala fortuna y el pesar de su novio.

Fermin sintió latir en sí toda su vida de hombre fuerte, de dominador del músculo, de vencedor de la tierra hostil, toda su vida de faena dura, de trabajo incesante que valía más, mucho más que las zarandajas y los almibares del señorito debilucho y elegante. Y, con gesto decidido tomó a Martina entre sus brazos y le devoró a besos, besos quemantes, besos de fuego, besos de un amor divino y humano que estallaban en la boca de fresa de la moza, como himnos triunfales, como oraciones gloriosas a la Naturaleza fecunda y única.

Quito, Febrero 3 de 1921.

EN TORNO DE UN LIBRO

Muchos de los libros de matiz científico que se han escrito y publicado en el Ecuador han arrancado, de los sectores estudiantiles, los elogios que merecieron. Pero muy pocos han logrado despertar, parejamente con la aprobación serena de la crítica austera, lo que sincera y espontáneamente puede dar de sí la juventud: el entusiasmo.

A este último orden de libros corresponde la "Historia de la República" de Oscar Efrén Reyes. De las voces del aplauso unánime que han resonado en el Continente, entresacamos, para las páginas de AMERICA, preferentemente las voces de juventud, en fragmentos de artículos publicados en diversas ciudades ecuatorianas y por elementos que corresponden a diversos sectores de la opinión nacional.

LOS LIBROS NUEVOS.—En la exhuberante y magnífica eclosión de obras de diverso género como en estos momentos han salido de las prensas de la República, una hay que queremos señalar especialmente, con predilección que no hemos de ocultar: la **Historia** de nuestro dilecto amigo y ya brillantísimo escritor don Oscar Efrén Reyes.

Y en tal caso, tendríamos que comenzar consignando que ella no ha hecho sino confirmarnos más y más en el concepto que de antiguo teníamos ya formado de las dotes del escritor y de sus promesas para el porvenir, por el que viene abriéndose paso, audaz y valientemente, con una lealtad y pulcritud cada vez más excepcionales aquí en donde, sobre todo, por la carencia de propios, legítimos y auténticos merecimientos y la ambición desatentada de simularlos, ahí están ad usum la trastienda, los aviesos caminos y ocultos manejos, las malas artes elevadas verdaderamente a una "altura" y a una "perfección" que pasman...

Sincera y libremente, ajeno a esa grotesca comedia y ese comercio infame de los traficantes de la fama y los arlequines

de las letras, inmune del auto-bombo y las poses y las afectaciones y las hinchazones de los insignificantes, Reyes ha venido luchando solo, en una austera y orgullosa independencia, para dárseos virtualmente, evidenciándonos un nuevo y meritorio caso de autodidaxia —el "caso" terriblemente paradójico de la fatalidad o la tragedia mil veces bendecidas y felices, que mayormente en tierras como la nuestra habrá de seguir repitiéndose—, que esta vez entraña la aleccionadora conquista de una notable cultura personal, un espíritu noble y dinámico y un corazón magnífico....

Hecho ya de un estilo propio —lo que en sí no denota, al comienzo, sino que perfila y define ya específicamente un escritor, bueno o malo, en medio de la atroz turbamulta de los **soi-disant**— hay que decir que en su formación han entrado muchas de las más bellas y preciadas cualidades que hacen de la prosa de Reyes una de las más densas, precisas, sugestivas y vibrantes que hoy se escriben en el Ecuador.

Nada de impetus declamatorios, en efecto; nada de labor paciente de monje artifice o de ataujía: el corazón ardiente, volcánico; el pensamiento libre y la palabra sentida, pronta....

Esas cualidades se acentúan aún más en el libro último y ya formal que nos presenta el señor Reyes, al lado de aquellas otras que igualmente habíamos admirado desde mucho antes en él: una independencia de criterio —a tono con la de su vida— para juzgar los hombres y las cosas, que poco o nada concede a la autoridad o la justicia que alguna vez pudieran abonarles a los resignados carneros de Panurgo; un hondo sentido crítico y una audacia y brioso desenfado para decirnos su pensar y su sentir a exponernos sus exégesis y deducciones....

Añádase a esto, y mucho más, la materia y la indole del trabajo en que hoy más gallardamente ha podido desenvolver sus facultades, y tendremos en la **Historia de la República** el precioso libro que por muchos conceptos debe ser saludado con entusiasmo por cuantos alguna atención prestan a nuestro movimiento literario o se afanan en la brega por el progreso de esa otra república de las letras.

Parecerá una vulgaridad decir que el libro "ha venido a llenar un sensible vacío que de tiempos atrás se hacía sentir entre nosotros"; pero la frase manida tiene su lugar propio aquí, la expresión es esa, por su correspondencia estricta con la realidad,

Es el primer ensayo serio, formal y sistemático que se publica en el país sobre filosofía de la historia, de nuestra historia, correspondiente a la etapa republicana; — estudio alto, noble, que más importa e interesa— como justamente anota el señor Reyes— a las nuevas generaciones ecuatorianas y “donde el civismo nacional debe encontrar sus vías propias para la introspección y la rectificación”....

Claudio Lantier

En la revista “Cultura”. Ambato.

OSCAR EFREN REYES.—Si la crítica moderna, reaccionando contra zoilismos y balbuenismos, ha hecho ya carne de su técnica aquel buen instinto de patentizar bellezas, partiendo del principio, sin duda, de que todo autor representa siquiera una parte de esfuerzo aprovechable; qué no se dirá de aquellas obras ante las que se siente como premura en aplaudirlas sin reserva, porque en ellas se encuentra algo así como un alimento completo para el intelecto.

Tal la obra de Oscar Efrén Reyes.

Faltaba unificar, para nuestra historia, las diversas crónicas de la conquista y de la colonia, y aún la tradición aborígen, y nos asomó un Velasco, no tan fantacioso como se cree, ni menos, tan ilógico.— El panorama histórico había ganado ya mucho en horizontes, y adviene el mesurado talento de Cevallos, que, si aún hace historia antigua con el ilustre jesuita, nos aporta la ganancia del plan en la narración, que deja atrás el sabor de leyenda, así ingeniosamente que ésta hubiese estado urdida. Y luego el águila de nuestra historia, González Suárez, que crea lo que faltaba: la arqueología ecuatoriana. Y hace, además, el alma de la historia, cuando nos da un cuadro tan cabal de la época del coloniaje, por ejemplo. Si bien esto le cuesta sinsabores por el detallismo tan menudo en la cuestión conventos y conventuales; qué trabajo importa al crítico salvar a González Suárez de una sospecha de historiador mal intencionado, y aún demasiado hiriente, para con aquellos distantes frailecicos divertidos.

Y aquí concluyen los clásicos de nuestra historia. El espíritu clásico — creador de las obras de gran impulso— se ha debilitado; el ambiente comienza a ser más ágil, y aparecen los monógrafos de la historia. Moncayo, Roberto Andrade, el actor—

historiador de las chocantes vehemencias sectaristas. (Es ya apaciguado en la **Vida de Alfaro**).

Todos estos historiadores, como el sapiente Herrera, nos dan la historia por entregas: aíslan el hecho, que aciertan a redondear con éxito. Son guarismos de historia que esperan la raya del total.

Siguen las monografías. D'Amecourt, Alfonso María Borrero, Matovelle, Jijón, Arriaga, Octavio Cordero Palacios y muchos otros. (No los pongo en orden cronológico). Labor de columna y revista no falta; la investigación arqueológica sigue afianzando su cofia en los polvos preteritos. A flor de surco hay nombres valiosos extranjeros y patrios.

Y a todo esto se auna la urgencia del texto en escuelas y colegios. Y es el fluir de manuales, más o menos propicios al memorismo de ayer, y todavía de hoy. O, un paso adelante, es el desarrollo de programas oficiales, el texto para consulta, ya casa adentro de la pedagogía vigente. Pero siempre es el hecho, el puro hecho, sin más ganancia, que es ya mucho logro, de llegar a consignar el verdadero hecho interesante. Hagamos memoria de los dos tomos de Uzcátegui García.

Y en este vistazo, a vuelo de aeronave, un mal antojo me domina, me vence: fustigar a vueltazos de hélice, todos esos feos nubarrones de historia a lo maleta de viaje: los calzoncillos de Bolívar, el poncho de Sucre, la merienda de tal Prócer, el almuerzo de tal otro, el dormir de aquel o aquellos Padres de la Libertad. Como si los pormenoristas de historia intentasen forjar —lo que no ha de acontecer— algún Pérez Galdós de por estos trigales. Para eso fuera menester que sus documentaciones no fuesen, cuando menos, tan secas, como talón de indio descalzo.

¿Pero dónde brujulear la crítica histórica —que no es aptitud que se encuentra en el arroyo?— ¿El discernimiento del hecho, que es la docencia, la sociología de la historia? Ha de ser en el método positivo de la escuela inductiva. En la docencia agujoneadora de facultades, antes que abrumadora de lecciones.

¿Qué piensa usted de ésto; qué de lo otro?: antes que: esto sucedió así, aquello así.

Y Oscar Eirén Reyes, nos regala con su magnífico trabajo histórico, dentro del moderno plan crítico de la historia. En este sentido, la obra de Reyes no tiene antecedentes, así tan

deslindados, y es un verdadero jalón de innovación —un paso de parada.

Y no desafío a las dotes demandadas en el historiador: visión, serenidad, trascendencia. Aquí la historia no tiene nada de hembra. El autor está torciéndose los bigotes de la más personal responsabilidad. No nos cuenta, como le contaron: nos enseña los **cómos, por qué y para qué** de ese cuentito, fácil de narrar, pero muy difícil de acotar, que se llama la historia. **La República de Colombia:** la epopeya. **La gesta Dei per americanos.** El picotazo del Aguila Caraqueña. El alarido del León. Pero el zarpazo para la fabricación de Colombia —Gloriosa. El canto de Junin; pero el respetuoso cuchicheo patriótico. El Ecuador, el primero, se dá el lujo de los alcances de la videnicia: habrá desmembración de Colombia, que no sobrevivirá a Suyo Cid; valiera más, pues, ser Ecuador, desde el principio. Y aunque el Ecuador idolatra en Bolívar, el Libertador se fastidia un poco con el Ecuador, "país de descontentos". Y muere ignorando los máximos filiales gestos de nuestra apasionada gratitud.

Todo esto nos cuenta, o mejor, nos enseña, Oscar Efrén Reyes, sin vislumbramientos: que el Ecuador hizo tricolor con Colombia, por amor, por docilidad a Bolívar, sacrificando ante el dios el maltrato de sus genuinos intereses. El sereno juicio del autor no se ocupa, como en el rito **chibcha**, en echar más puñados de oro a la laguna sagrada: Gran Colombia. Hace contabilidad, y pasa.

Ecuador Independiente.—El mismo robusto pulso del crítico para dar en la meta. Reconstrucción documentada de personajes. Y lo que es sin duda, mayormente acertado: reconstrucción psicológica de personajes. Imparcialidad, de necesidad higiénica en la historia, agua clara de serenidad, que es espejo nítido, bebida deleitable de convencimiento, linfa que no tiñe locamente honras, pero que saca manchas. Justa conciencia del papel de juez, para poner, cuando conviene, adjetivos adversos ¡hasta a Montalvo! Diestro ajedrecista, que sabe de fichas grandes y fichas peones: cuántos fetiches actúan en la **Historia**, de Reyes, de meros accesorios, para integrar el periodo, sabiamente escogitado, de tendencia en tendencia, de fenómeno en fenómeno políticos. ¡Cuánto sabio ahorro de capítulos! En la obra de Reyes, hasta la iconografía es de selección representativa. En ella no hay sino aspectos profundos de la vida nacional.

Y, como grandes piedras de itinerario, en la tabla de materias no constan sino solamente nombres de hombres: Rocafuerte, García Moreno, Eloy Alfaro.

Miremos el ecrán. Pasan los hombres que han hecho la gestación de nuestra historia: El Fundador, con su cortesania arribista, con su "Carta de Esclavitud", con su caudillismo, con su zambo Otamendi, con su Miñarica; sacando, en fin, las uñas del pie. Un entreaeto de Rocafuerte, el gran chiguahua, el ilustrado y emprendedor liberal a lo Enciclopedia. Claudica un poco —¿el fin justifica los medios?— ¡pero habrá para posteriores atenuaciones al coloso: García el Católico.

Después se oyen los tacones de los hombres de botas: militarismos de los nuestros, en lugar del militarismo venezolano. Militares propios, con espuelas propias. Y críticos extranjeros tienen para definirnos: "El país de revueltas". Se sueña, primera vez, con el federalismo. Aquí un recuerdo para un ilustre cuencano: Benigno Malo.

Pero hay un hombre que domina el potro: García, el Católico. Donde pisa su caballo, al revés del de Atila, brotan las yerbas: ciencias, artes, observatorios, conservatorios, carreteras, escuelas, rieles. Es católico: unilateral; pero es lógico. El hombre de sistema, el que ha sido un científico. Dicen que abona el progreso con mucha sangre. Pero de la suya, como para mostrar el bien perdido, vuelve a surgir la maleza de la maulería.

Hasta Alfaro. Con quien se gana lo ideológico, que ya debiera haberse ganado tiempos atrás, con la emancipación misma, tan derivada de los derechos del hombre.

Aquí el autor corta la cinta, para permitir juiciosamente la tranquila digestión de la historia muy moderna. Y diserta —temas difíciles— sobre la tiranía bancaria. (Rememoremos el libro de Dillon). Y con visión y método universitarios, nos habla de la evolución de las tendencias políticas. (Ya en todo el texto nos da la más exacta idea —que yo conozca— sobre el verdadero sentido, proceso y matices de los partidos políticos, tópico que, en momentos de la historia requiere buena dosis de sutileza). Y concluye haciendo el recuento de nuestro progreso.

Un siglo de gestación. De historia típica. Pero ahora el Ecuador está cogido ya en las fajas de la usina de la modernidad. Se acabaron los hombres y las cosas de región. Ahora nos vamos de bracero con el siglo. Porque yo, por mi parte, creo firmemente en el progreso del Ecuador.

El libro, el valioso libro de Oscar Reyes, requiere e invita al estudio con detención.

Anatolio Cuenca

En "El Mercurio". Cuenca.

HISTORIA.—Profesor Oscar Efrén Reyes.—La sola enunciación del nombre del profesor bastaría para hacer comprender la eficiencia alcanzada en la enseñanza de historia, porque Oscar Efrén Reyes es no sólo un historiógrafo moderno y un crítico sutil sino también un pedagogo y de los que están al tanto del movimiento contemporáneo.

Para Reyes no tienen importancia los partidos políticos y los gobernantes sino en cuanto "a sus visiones realistas del medio". Sus puntos de vista son netamente positivistas. Anda divorciado de lo que pudiéramos llamar ideología histórica y se rebela como un historiógrafo radicalmente materialista. De ahí que su enseñanza no está, no puede estar despojada del criterio que busca la causalidad de los hechos, con lo cual desecha completamente el criterio tradicional que hace de la historia la "relación de hechos pasados". Cuando busca el "por qué, el cómo, el cuándo, cuando se hunde en esas consideraciones investigativas de los acontecimientos y las ideas, convierte su enseñanza en una verdadera filosofía de la historia.

Y aún más, Reyes no es de los que buscan la trama histórica en los políticos y gobernantes; su historia se desenvuelve al rededor de la civilización, es decir de las ideas; las guerras y hechos de sangre quedan descartados porque comprende que "la guerra no puede predicarse en las escuelas", como piensa el gran pedagogo colombiano Agustín Nieto Caballero. Por el contrario, la enseñanza de historia debe contribuir a la obra de la paz. Ya "la Segunda Convención Americana de Maestros recomendó "hacer de la enseñanza de la historia el estudio del esfuerzo humano para conquistar la libertad espiritual y social, enfocándolo desde el punto de vista americano y suprimiendo cuanto sea exaltación bélica y militarista que hace degenerar el sentimiento de la nacionalidad en morboso chauvinismo, crea recelos y fomenta absurdos prejuicios, a parte de que el patriotismo de las armas no engrandece ni honra a los pueblos y la hora de la espada es siempre la hora de la barbarie". Y este cri-

terio, antes de conocer la recomendación de la Segunda Convención, Reyes lo comprendió, indudablemente, y lleva a la práctica con éxito admirable.

Abrigamos la esperanza de que en el futuro sustituya la historia de la **civilización** por la historia de las **cosas**, ejercitada en la práctica pedagógica por Cousinet, porque "las cosas son internacionales, que sacan a la luz las verdaderas relaciones de los pueblos unos con otros (relaciones industriales, comerciales y científicas), fundadas sobre la necesidad del apoyo mutuo, y que la historia constituye, así, la verdadera historia del mundo, mientras que la historia política no es sino un artificio y una decoración"....

Orlando Morillo

En "La Razón". Riobamba.

LIBROS NACIONALES.—Con cierta imperiosa avidez algunos elementos valiosos de la juventud ecuatoriana empiezan a llevar por los cauces de una equidad difícil y acuciosa el caudal de nuestra Historia republicana, turbulenta y amarga.

Porque en un sentido general, ella ha sido mirada y narrada con el encono de las pasiones banderizas y aún de los rencores personales que la hacían colindar, en cierto modo, con el panfleto político, si exceptuamos al benemérito historiador Cevallos que nos refiere solamente hasta los sucesos de 1845, con alguna mesura y cautela.

Y esto no es ciertamente un reproche. Era lógico que así sucediera, puesto que quienes hacían obra histórica habían actuado, de un modo u otro, en la movediza y cambiante arena de la lucha y, por ley natural, mantenían el brazo tenso y el espíritu ardiente. En aquella historia concurrían como elementos inseparables, indiscernibles en su fusión animica, el colorido pasional y el ardor polémico.

Mas, si falta en ella la perspectiva histórica que da el tiempo con su pátina de serenidad y de justicia ennoblecedora; si carece de aquel don, precioso y claro, que discierne de los hechos la verdad cierta y su filosofía; mantiene, en cambio, ese acento de vigor que hace de la Historia una obra de arte encendida y de morosas reivindicaciones que la posteridad va modificando con ojos dulcificados y limpios.

Y en este afán de reivindicaciones quizás radica también el fenómeno de la limitación de nuestra Historia, que era inspirada por la idea predominante y absorbente del Estado, con prescindencia, aunque no fuera absoluta, de los factores económicos, sociales, materiales, que informan la trama compleja del vivir nacional. El aspecto político adquiría así características fundamentales y era el eje al rededor del cual giraban —con pequeñas incidencias que se marcaban en plano secundario— los tratados históricos.

Hoy —como anotamos arriba— inteligente juventud depura, con espíritu selecto y sereno, el aporte histórico, rectificando errores y prejuicios, suavizando asperezas, corrigiendo ciegos procelitismos, oreando ardores inflamables y fijando, en suma, el concepto, en lo posible justo y armonioso, de los hombres y de los hechos. De ningún modo este enunciado significa una concordancia absoluta de pareceres entre aquella generosa juventud, en sus apreciaciones históricas, que siempre llevará —ello es muy humano y el hombre desligado por entero de algún miraje o doctrina es algo que no cabe sino dentro de un concepto abstracto— sus simpatías, ya clarificadas, hacia la tendencia irrenunciable de su espíritu, en lo político, en lo social, en lo religioso, en lo económico, etc.

La "Historia de la República" que su autor —Oscar Efrén Reyes— se ha dignado enviarnos y que hemos leído con interés creciente, es una de esas obras depuradoras de nuestra Historia....

De una bibliografía abundantísima, de cuanto ha podido publicarse en el transcurso de la República, extrae el distinguido e inteligente profesor, sus síntesis históricas que son como la flor de esa búsqueda paciente. Su criterio, nutrido de lecturas amplias y de meditaciones hondas sobre el pasado de nuestra vida, tiene un poder de generalizaciones, de deducciones que arrancan de la trama misma de los elementos que determinan, por leyes sociológicas ineluctables, el devenir histórico. Su análisis es fino y certero. Y a todo ello añade cierta ironía que comunica un matiz especial y personal a sus apreciaciones. Nada de proselitismos inconsiderados. Para todo y para todos tiene la frase justa y cabal, medio ironizante. Su estilo —ese estilo límpido y sonoro que anotamos en su trabajo sobre Manuel J. Calle— adquiere ahora cierta sobria energía que se aviene con la gravedad de la Historia.

Como se ve, predomina en su libro el aspecto sintético, que lleva inclusive una apreciación filosófica de nuestra vida....

Pero lo que para nosotros tiene un alcance vivamente sugestivo es el capítulo en que, con sutilidad manifiesta, expone la evolución de las tendencias políticas en el Ecuador. Hay allí un discrimen sagaz, equilibrado, prolijo, atento, tan distante —y por ello tan placentero— de nuestro tropicalismo desbordante y malsano.

El que se relaciona con el resumen del progreso nacional es una muestra de acierto sintético y de visión clara acerca de nuestros hombres y de nuestras cosas.

Por todo esto, el libro de Oscar Efrén Reyes ha merecido aceptación amplia y cierta en el mundo de las letras, ya que es un aporte magnífico en nuestra pobre y desmedrada producción histórica y la crítica comprensiva lo ha saludado con temblor de cálida emoción, que es decir de vida.

S. José M. Leoro

Ibarra.

HISTORIA DE LA REPUBLICA.— Por Oscar Efrén Reyes.—No es firma desconocida en el rol de notables diarios y revistas nacionales. Atildado, sereno, seguro, conciso y **humano** revelábase en sus semblanzas y apreciaciones críticas, que prepararon sin duda, sus energías para el salto o el vuelo del libro. Éste que ha ofrecido a la avidez bibliófila americana es, de suyo, uno de los pocos que en el difícil género de la historia, logran ilustrar con plenitud meridiana las escasas escenas que como en repentinos arranques nos han presentado algunos historiógrafos, desglosando hasta nimios detalles, de ciertos archivos venidos a menos, por obra de la casualidad o de la incuria.

El decano capitalino ha felicitado a este distinguido pensador y genial crítico, por su imparcialidad, por su abundosa, nutrida y selecta erudición, y por el profundo análisis acerca de las ideas y hombres que han labrado el informe bloque de nuestra República. Esta obra se imponía; y desde los preliminares de la emancipación hasta nuestros días, nos patentiza en documentados capítulos el hecho social; el devenir político; la balanza económica; el ideal y el burdo realismo cronológico,

que despiertan en el lector, el afán de meditar, de deducir y concatenar nebulosos juicios abigarrados por una heterogénea y a veces insustancial información.

Este libro del señor Reyes, es uno de los más valiosos con que ufanarse puede el estante de Historia Nacional: lo guardaremos como se merece, y al mismo tiempo, aventuramos nuestra desautorizada felicitación a tan eximio autor.

J. M. Astudillo Ortega

En "La Alianza Obrera". Cuenca.

HISTORIA DE LA REPUBLICA.—Todo libro de autor nacional, por su naturaleza misma, implica un esfuerzo máximo. Pues a nadie se le escapa, dado el medio y las circunstancias, las dificultades y tropiezos con los cuales habrá de tropezar el escritor. De allí por qué todo nuevo libro nacional despierta, desde el primer momento, un interés inusitado que obliga a la lectura detenida del mismo y a la investigación de datos acerca de la vida del autor.

Esa es la curiosidad que ha logrado despertar el último libro de Oscar Efrén Reyes: "**Historia de la República**". Por el título mismo el lector puede formarse concepto acerca de la índole de la obra. Es una historia, pero una historia nueva, moderna, en la que prevalece el sentido objetivo de los hechos. En verdad, entre las obras que consultan el cuadro múltiple de la historia ecuatoriana, para verificar la exposición de las cuestiones vitales del país; entre las que buscan en el pasado las causas necesarias de los problemas presentes, la obra de Oscar Efrén Reyes tiene una fisonomía de modernidad inconfundible.

Antes que este autor intentara su estudio de introspección y análisis de nuestra vida democrática, desde un punto de vista "substancialmente realista", no se había escrito en el Ecuador un resumen de historia republicana. Han existido, sí, trabajos fragmentarios, capítulos aislados, pero ellos no contemplaron un cuadro total de la época a que nos referimos, ni tuvieron tampoco una fisonomía tan vigorosa y compacta como la obra de Reyes.

El libro que ha sido calificado como un esquema de hechos e ideas a partir de la emancipación, conserva en todo su desarro-

llo la divisa que lo distingue: la exactitud de los capítulos en cada uno de los cuales sintetiza los acontecimientos más extensos, que al detallarlos llenarían algunos volúmenes. Y es en esa época, precisamente, cuando toma relieve nuestra vida democrática, que debe ser "de interés inmediato para las nuevas generaciones". Como bien lo dice el autor: "Es en esa historia, sin embargo —tan agitada y tumultuosa como apasionante y aleccionadora—, donde el civismo nacional debe encontrar sus vías propias para la introspección y rectificación". Y eso es lo que se ha propuesto Reyes, aunque para ello haya tenido que simplificar constantemente sus capítulos; pero, eso sí, sin olvidar las características esenciales de las épocas, ni los ideales políticos que coexistieron en las mismas.

El autor se propone dos objetivos: informar sobre los acontecimientos más salientes de la vida republicana y hacer que estos datos conjuntados en su esquema, "tomando vida por el calor del análisis y la polémica, encuentren el eco indispensable en el pensamiento cívico de las generaciones de nuestro tiempo". Tal aspiración —esencialmente nueva— alienta todos los capítulos de su libro.

Reyes, en su reciente obra, hace el estudio de los hombres eminentes del Ecuador en rasgos breves y bien trazados. No admite, como vulgarmente se hace, la creencia de que los hombres de poderosa voluntad creadora o destructora pueden "formar" una época; los considera más bien como producidos por su tiempo, y sus actos naturalmente ligados a las exigencias del momento histórico. Es decir, Reyes se aparta de aquel concepto senil de la historia que juzgaba los acontecimientos tan independientes los unos de los otros, sin establecer causa ni relación alguna, que, muchas veces, éstos llegaban a constituir "fatalmente" un punto histórico determinado. Aquella narración escueta, desabrida, insípida, desaparece por completo en la obra de Reyes. Este autor nuevo, moderno en sus concepciones y avanzado de posición, tiene otra manera de apreciar y juzgar los hechos y los hombres. Se acerca, en todos los momentos de su libro, al concepto racional del doctor Juan B. Terán, el viejo maestro argentino y Rector de la Universidad de Tucumán, de que "la historia debe hoy ser estudiada para sacar conclusiones que conduzcan a un perfeccionamiento continuo". En su "**Historia de la República**" Reyes no aparece en ningún momento como un contabilista de la historia. Los hechos guerreros des-

aparecen en su mayor parte para concretarlos como simples puntos de referencia al marcar ciertas épocas. Sereno y justo, permanece inalterable. Y llama más la atención porque es muy difícil poder conservar la ecuanimidad al estudiar la historia de nuestra República en la que "descartando unos pocos períodos de grandes caracteres y vigorosas creaciones, verdad que adquiere, más bien, un tinte sombrío de continua tragedia a través de la cual va operándose el proceso doloroso de la constitución nacional, en medio de las quejumbres y lágrimas de todo un pueblo, desorientado y enfermo".

La obra de Reyes es de un gran valor por su documentación, método y propósitos. Un verdadero resumen de historia —la mejor concepción sociológica— que puede servir de excelente base a estudios más extensos y que está destinada a orientar noblemente el criterio de las nuevas generaciones. Nada de literatura que entorpezca la vista: "sólo el movimiento de las realidades, con sus proyecciones positivas en el destino social".

Publio A. Falconí

En "El Universo". Guayaquil.

EL ÚLTIMO LIBRO DE REYES.—El país estaba reclamando la pluma honda y sincera que había de interpretar, con una conciencia de perdurable tensión espiritual, el momento sociológico actual, al ofrecernos la rica floración de un pasado histórico que tiende a ser viva enseñanza para el porvenir.

Y creemos no equivocarnos al afirmar que Reyes ha logrado incorporar en su hermoso libro todo ese conjunto de principios y tendencias renovadoras que colocan frente a la **literatura** histórica de ayer, la **filosofía** histórica de hoy y de siempre.

Esto se advierte, principalmente, al leer, con sumo cuidado, las páginas admirables de la obra de Reyes, en las cuales se ha sustituido el mundo impresionante y caótico de la leyenda —en que sólo hubo lugar para las guerras, los héroes, los caudillos y los santos— por la exposición inteligente y deliberada de una serie de actos de la vida social, que encadenados hábilmente traen la idea de previsión y dirección intencional de los suce-

sos que al fin se convierten en índice de decadencia o coeficiente de progreso material y progreso intelectual.

Tal actitud, incompatible con quienes miran las cosas superficialmente y sólo ven en la historia una serie de hechos dislocados, entre los cuales sólo adquieren coloración y relieve las fechas, los nombres, las batallas, las perfidias y los encumbramientos de personajes insignificantes, sólo es concebible en talentos como el de Reyes, dados siempre a buscar, antes que en la forma, en el fondo de los acontecimientos, las relaciones que deben armonizar el pasado con el porvenir, durante el curso de la evolución humana.

El doctor Juan B. Justo, con ese criterio admirable de toda su vida, escribió en su libro *Teoría y práctica de la Historia* este enorme y vital pensamiento: "desde que el método científico hubo alcanzado cierta consistencia y difusión, los historiadores empezaron a comprender que pocos nos dicen de una época y de un país la enumeración de sus dioses y dinastías y que para su conocimiento, nos importa menos la magnífica vestidura del rey que el abrigo usual de la masa del pueblo. En el cuadro de las edades pasadas empezaron a hacer lugar para las formas generales de la actividad humana, la organización de la familia, la industria y el comercio, las ciencias y las artes, dejando ya entrever tras las infladas figuras del primer plano la vida laboriosa y fecunda de la población entera".

Es, precisamente, como ha entendido Reyes la historia.

Obligación nuestra es hablar con altura y serenidad; y pienso que nadie mejor que él, maestro por temperamento y por virtud, puede hacerlo. Se dirá que el maestro no es un ser ideal. Perfectamente; pero, de los hombres que pudieran serlo, creo que es el colocado en mejores condiciones, primero por su responsabilidad profesional y segundo por la relativa independencia de que goza al respecto.

Si no confiamos en la honradez del maestro ya no se puede confiar en la honradez de nadie.

Pienso, fundadamente, que la juventud, a quien va dedicada la obra, encontrará nuevos ideales que contemplar, después de la lectura de "*Historia de la República*".

De mi parte, sólo tengo voces de aplauso y admiración para el colega que con tanto acierto ha sabido dirigir sus pasos a través del arduo y complejo proceso de la historia, con el objeto de que en un mañana no lejano, lejos de "sufrir la historia",

la hagamos calculadamente, aprovechando la experiencia acumulada en el transcurso de los años.

Carlos Coello Ycaza

En "El Universo". Guayaquil.

UN LIBRO DE VALIA.—Esperábamos los ecuatorianos alguna producción orientada, justiciera, dentro de la crítica histórica amplia y comprensiva: ha asomado escrita por Oscar Efrén Reyes.

Oscar Efrén Reyes es verdadero crítico de la historia: juzga los hechos desde los dos puntos de vista que hay que tenerlos: el análisis y la síntesis. Analíticamente cada acontecimiento encierra una verdad histórica independiente, es todo un mundo producido por numerosas causas y encaminado hacia el porvenir de manera dudosa, misteriosa, por lo menos difícil de prever, pero siempre significativo, lleno de filosofía e intención. Sintéticamente, todos los hechos se eslabonan, haciendo la cadena terrible de la historia, de cuya férrea construcción hacen las grandes leyes y los grandes problemas, las grandes predicciones y la explicación de muchas realidades posteriores. Juntados el análisis y la síntesis, hacen el verdadero criterio histórico, el cual no existirá nunca con plenitud de luz, con absoluta justicia, si no es omnividente, omnisciente y omnicomprendivo. Mirar la historia a través de lentes religiosos, políticos, partidaristas o de un interés cualquiera, es establecer inmediatamente el derrumbamiento del criterio. Reyes ha llegado en gran parte a mostrar todas las cualidades esenciales del crítico histórico: a veces, sin embargo, no da toda la importancia a hechos como la presidencia del doctor Antonio Flores, o juzga con apasionamiento un tanto sectario a los conservadores y clericales o se deja llevar insensiblemente por manos de enemigos para juzgar al rival, como le sucede en algunos párrafos de su opinión sobre García Moreno, quien está estudiado de manera demasiado pragmática y a través de muchas acusaciones de Montalvo....

....Pero aparte de esto, la obra es enorme. Es libro que hace honra a la producción nacional. Su estudio de los partidos políticos; su juicio acerca de esa garra que se llama militaris-

mo; su afán por demostrar preponderantemente el afán constructivo de García Moreno; su justa alabanza para los hombres autores de su cultura, cuyos ejemplos abundan en el Ecuador; su bella síntesis sobre el progreso y orientaciones nacionales, son capítulos que la prensa debería transcribir, comentar, ampliar, etc. No se hizo otro tanto con la obra de Cevallos, con la de Pedro Moncayo?

Reyes es de los críticos de observación y de juicio; no asoma su propia opinión sino a través de citas o de hechos, casi nunca directamente. Hay partes en que este abstencionismo individual culmina, por ejemplo al tratar de una de nuestras mayores sombras, Plaza, o al estudiar los Normales, también germen de retroceso ecuatoriano. Es muy acertado eso de señalar en la fuerza clerical-civilista, en el caudillismo floreado y en el militarismo nacionalista, las preeminencias del despotismo en el Ecuador; falta lo último, lo flamante: el servilismo estomacal.

Reyes merece por su obra el aplauso nacional. Al fin se han dicho algunas verdades, aunque no todas. Aquí, antes que en ningún otro país, es preciso hablar claro y alto. Aquí ha muerto el civismo, aquí domina la conspiración del silencio.

Alfonso Rumazo González

En "El Comercio". Quito.

UNA HISTORIA DEL ECUADOR.—Es altamente halagador y profundamente significativo—en nuestro concepto, fenómeno digno de-explicativo estudio—lo que estamos presenciando en estos momentos: un inusitado fervor-intelectual, que, a pesar de la falta de recursos que ha traído como consecuencia suya la actual "crisis económica" se traduce en la fecunda publicación de libros en el Ecuador. Libros de toda clase, literarios, científicos, históricos, de útil enseñanza, de amenas reproducciones, de cuestiones económicas, de utilidad y belleza.

Hay íntima compenetración entre el ansia de leer y la divulgación de muchos escritos, entre el deseo de ilustrarse y la aparición de libros, folletos y revistas, entre la actividad cerebral de los intelectuales y la fundación y laboriosidad de casas editoriales, imprentas y asociaciones de lo que pudiéramos lla-

mar "amigos del libro". Carecemos del tiempo suficiente para entrar en una prolija enumeración de las obras que se han publicado en 1930 y los meses que van corridos de 1931, de los libros que se preparan, de los proyectos que se esbozan, de las empresas editoriales que cada vez se instalan mejor y que prosperan, en vez de decaer, en la fuerte competencia en que se hallan febrilmente empeñados.

Pero cualquiera, con un pequeño esfuerzo de memoria, puede suplir esa deficiencia nuestra, rememorando nombres de libros y de autores que, en este último par de años, han enriquecido la bibliografía nacional.

¿Qué explicación puede tener este excepcional estado de nuestra cultura? ¿Dónde puede encontrarse la lejana causa de este despertar de la intelectualidad ecuatoriana? Porque no hay que acudir a motivos inmediatos y recientes, porque todos ellos —políticos, sociales, económicos— nos llevarían más bien a pensar que lo lógico era un estancamiento y una infecundidad lastimosas de la inteligencia y de la producción intelectual. También este punto de investigación, dejamos para los afanes y para la penetración de críticos y de sociólogos, como cuestión que ocuparía mucho tiempo y que rebasaría de las columnas de un diario.

Entre las obras recientes, a que nos referimos, llama poderosamente la atención la "**Historia de la República**", escrita por el señor Oscar Efrén Reyes.

Es un libro de 330 páginas de densa lectura e impresión, que abarca la vida nacional desde 1822, año memorable de la batalla emancipadora de nuestra independencia, hasta la revolución del nueve de julio de 1925. Años propiamente en que se desarrolla la historia de la República del Ecuador, como entidad independiente de poderes extraños, la que se afirmó y consolidó el 13 de mayo de 1830 con la desmembración de Colombia la Grande.

No hay para qué decir que los acontecimientos de un siglo de vida republicana, comprendidos en un sólo volumen tienen que estar resumidos y narrados en forma sintética, como en efecto lo están. Pero, en cambio de esa concisión narrativa, en que sólo se apuntan los hechos principales y salientes, hay una honda penetración en lo más íntimo de la vida nacional, entresacando las ideas matrices que han engendrado a este pueblo y han dado matiz especial a sus costumbres. . . .

Encierra lo que, aplicado al Ecuador, puede llamarse la filosofía de su historia. Ahí están los orígenes de los acontecimientos contemporáneos, allí la obra de nuestros políticos, allí el resultado de los partidos, que se han sucedido en el poder, ahí el acervo común de cuantos, en diferentes actividades, han contribuido —como se dice en frases casi triviales— con su grano de arena a la formación de este edificio social.

En el curso de la narración, se detiene el autor para esbozar la figura de nuestros grandes hombres, de los tres magnos presidentes que hemos tenido —Rocafuerte, García Moreno y Alfaro— y lo hace esculpiendo con frases y palabras precisas, gráficas, que imitan la condensación de los adagios o proverbios, el carácter, las cualidades, los hechos fecundos de esos estadistas. En igual forma procede al diseñar las semblanzas de nuestros literatos y hombres de estudio sobresalientes —Olmedo, Montalvo, González Suárez, L. F. Borja— con quienes necesariamente se encuentra al recorrer los sucesos de la patria, porque ésta, así como forma a sus hijos egregios, es también, en acción recíproca, formada por ellos.

En cuanto a los hechos mismos de la historia del Ecuador, entresaca igualmente los más significativos, los que encierran en sí el germen de los demás, los que nos han causado tanto dolor y tanto desastre, los que han exigido sacrificios y causado revoluciones: la cuestión limítrofe, la deuda externa, la tiranía bancaria.

Todavía, como últimos capítulos del libro, hay dos síntesis poderosas, que tienden a abarcar, desde altos miradores, en apreciaciones sintéticas, el vasto panorama de la vida nacional: la evolución de las tendencias políticas y resumen de la historia del progreso; como si dijéramos lo que se refiere al espíritu, a la idea, o mejor, al ideal, y lo que dice relación a la materia, a la realidad, al adelanto positivo.

El estilo, todo estilo en general, es el tono dominante en una obra. Es la voz de un libro. Para tener idea de lo que es el estilo de un autor, nos hemos hecho, con frecuencia, la ilusión de que el libro que ha escrito, adquiere vida y habla, habla por sí mismo, gesticula y adopta cierto tono o ritmo. Y nos hemos dicho, el estilo es eso: es la supuesta voz de un libro.

El estilo del señor Oscar Efrén Reyes es el que ya conocíamos por su magistral semblanza de Manuel J. Calle y por sus artículos de política de los diarios en que él ha escrito. Es ese

mismo estilo, mejor dicho, es la misma trayectoria, iniciada en ellos, pero ascendente y más grave, la que encontramos en la Historia: precisión, epítetos gráficos, frase sonora y fuerte, empeño en poner de relieve ciertos rasgos personales o ciertos hechos memorables, caracterizándolos de manera que se graben en la fantasía y en la memoria.

Abundan por eso, las frases cortas, casi escuetas. Es como si un aliento poderoso hubiese soplado allí, aventando el polvo y dejando el grano limpio, reluciente, sustancioso....

Nicolás Jiménez

En "El Comercio". Quito.

POEMAS

Max Jiménez

RASTRAS

Para Armando Godoy

Mal del pedazo mío de tierra,
mal del crepúsculo
que enciende mi arboleda,
y hace de oro el cristal
de mi geórgica ventana.

Mal del río,
del río que se crece
cuando llueve en la montaña,
y que rueda los pedrones,
y que arrastra los ganados
y los robles que rebotan
por riberas y cascadas,
entre ayes de raíces y de ramas.

Mal del ladrido de mi perro
a las sombras de los árboles;
a las ramas desprendidas
por el viento;
y tal cimbra la tierra húmeda
que parece que sintiera
la caída de los brazos
que desgarran la existencia
del gran cedro:
cuyos años nadie sabe en el poblado.
Mal del vaho mañanero de las vacas,
del mugido cuando bajan de la sierra
con sus odres apretados de tributo,
que dejan en las manos del vaquero
el blanco olor de la existencia.

Mal de auroras,
mal de estrellas,
que sus párpados diluyen
en el sol de la mañana;
mal del claro
de esa luna
que ata amantes por las manos,
y los echa a correr en la llanura.

Mal del patio con su gallo
gran señor en su perpetuo
escalar de las gallinas,
que se grifa, dando brincos
ante toda competencia del vecino.

Mal del aire de mi patria
y del sol que alumbra mi sembrado,
aquí que las pupilas de las casas,
las ventanas,
no contraen sus retinas
por la luz que les da el Sol:
paisaje este de granito
prisión de mi interior.

Por momentos me parece que el farol,
viejo esquinero,
va a ofrecerle sus servicios
al gran astro
que también en estas tierras
es costumbre llamar Sol.
La antorcha de mi tierra
llega a media combustión
como escombros de un incendio
que aún pretenden abrasar.

Mal, mal muy triste,
mal sin sol;
parece esto una mueca
de la lejana tierra
de donde vine yo...

París.

DEL BAILE

Vengo con nostalgias de perfumes y carnes,
y un amargo imposible aún siento palpar,
las narices me tiemblan, se me enrosca el cabello,
y en la selva de carnes,
la sangre de centauro me abrasa el corazón.

Y el futuro me inspira un dolor de pasado,
transitar por perfumes, sin poderlos guardar...

Se imponía la orquesta, con un ritmo tirano,
y temblaban los senos bañados en son...

Yo estuve en el baile...
Mejillas de rosa, cinturas de palma,
perfuman mi vida como en un futuro,
que fuese un pasado, lejano, dolor...

GENEALOGIA

Mil generaciones curvan mis espaldas
y del tronco añoso en flexible rama
cuelgo fruto y flor.
Mil generaciones me legaron sangre
y en amor al arte de futura historia,
se ensancha y se contrae mi propio corazón.
Mil generaciones curvan mis espaldas
y del tronco añoso la sensible rama
se inclina en dolor.
Mil generaciones, mil complicaciones
forman mi interior,
y mi mano de indio, viejo fetichista,
bajo negra capa acariciaba un pomo
que en aro y en acero dibuja un león.

De "Sonaja".

Georgers Gurvitch empieza su preciosa obra "Las tendencias actuales de la filosofía alemana" con las siguientes frases: "La atención de un hombre observador y filósofo que hubiera salido de Alemania en visperas de la guerra y que volviese hoy, podría ser atraída por un hecho indiscutible: el marcadísimo cambio de la atmósfera intelectual.— Durante los treinta y hasta cuarenta años que precedieron a la conflagración mundial fue la filosofía neo-kantiana la que predominaba absolutamente, tanto en las universidades como en la producción filosófica alemana en general.... La interpretación subjetivista y psicologista de Kant fue relegada a segundo plano por una interpretación más objetivista y también más próxima al idealismo absoluto de un Hegel...."

De estas palabras se deducen dos afirmaciones importantes: la grande y excepcional inclinación de Alemania por la filosofía y el predominio que, en las universidades y en la cultura general de esa nación, ha tenido por cerca de una centuria la doctrina Kantiana, interpretada y modificada por Hegel.

Alemania es la nación de los grandes pensadores, de los grandes constructores de sistemas metafísicos: por la fecundidad del genio alemán en la formación de doctrinas filosóficas y por la formidable potencia mental de abstracción, los alemanes, sobre todo, en el primer tercio del siglo XIX, recuerdan los tiempos más gloriosos de la Grecia y la imaginación semi-poética, semimetafísica de los pueblos de la India asiática.

En 1800, cuando empezaba el siglo XIX vivían en los pequeños estados de lo que hoy es Alemania los más grandes filósofos modernos: Kant, Fichte, Schelling, Hegel, y todos eran ya renombrados o empezaba a dar a conocer sus sistemas. No pocos han comparado a una especie de embriaguez de la raza y de la época, romántica por excelencia, esa multiplicidad e idealidad de las doctrinas que entonces se "inventaron".

El filósofo que, con sus concepciones metafísicas, organizadas en riguroso cuerpo de doctrina, cerró ese ciclo de las gran-



GUILLERMO FEDERICO HEGEL

Nació en 1770 y murió en 1831.

des creaciones filosóficas fue Hegel, cuyo centenario se conmemora hoy; pues murió el 14 de noviembre de 1831. Expongamos algunos de los lineamientos de su doctrina.

Para comprender y apreciar la aparición y la obra de Hegel, es preciso situarlo en el momento cultural en que le tocó vivir.

Los sistemas y escuelas de filosofía, más que cualquiera otro grupo de ideas y doctrinas, están íntimamente concatenados entre sí. No se puede comprender exactamente uno de ellos sin referirlo a los que le precedieron, porque, generalmente, un filósofo trabaja sobre los datos de los demás y no hace más que abundar en un punto ya tocado por sus antecesores, o analizarlo con más agudeza y firmeza o ensayar un procedimiento mental descuidado.

La historia de la filosofía demuestra claramente esa concatenación con que vienen sucediéndose los diferentes y numerosos sistemas metafísicos desde la escuela jónica hasta ahora, poniendo de relieve el nexo sustancial con que unos conceptos se derivan de otros y la dependencia que guardan entre sí los filósofos de las diferentes edades y naciones.

En ella puede notarse —y esta es una observación que arriesgamos por nuestra cuenta— que quienes más han contribuido para los progresos de la filosofía, para esos grandes vuelos con que el genio del hombre se ha elevado hasta las más abstrusas regiones de lo absoluto y de la idealidad, han sido los filósofos que han descubierto un nuevo método de investigación, un nuevo sendero para llegar a la solución del problema del conocimiento, base y clave de toda filosofía.

Sócrates no nos legó ninguna entidad metafísica nueva pero enseñó el cultivo del método de introspección, proclamando como el principio de la sabiduría, aquel adagio "conócete a ti mismo", grabado en uno de los templos griegos.— Descartes tampoco encontró un concepto metafísico nuevo, pero dió al mundo pensante un método de investigación, que debía hacerse famoso: la duda. Prescindió del cuerpo de doctrinas recibidas por la tradición, dudó de todo y de todos, hasta dar con un punto fijo, seguro, firme, del que no podía absolutamente prescindir: su propia existencia. De allí, en lógica hilación, dedujo las verdades que él mismo proscribiera y formó un sistema completo de doctrina.— Kant, lo mismo que los dos filósofos nombrados, no es el feliz inventor de una entidad metafísica pero

es el padre de la crítica, de ese método de análisis fino, agudo, hasta cruel, al que somete, no ya los conocimientos hasta entonces aceptados, sino la facultad misma de conocer, la razón, el juicio, el entendimiento.

Sócrates, con su método introspectivo, produjo tal variación en el cultivo de la filosofía y causó tan gran movimiento de inteligencias, que de allí se originó el sistema grandioso de Platón, basado en la existencia de las ideas absolutas como prototipo de los seres reales; sistema que aclaró bastantes el fenómeno del conocimiento, o sea el contacto del sujeto cognoscente y del objeto conocido.

Descartes fue el progenitor intelectual de Spinoza: por la duda, extendida hasta la existencia del propio yo, Spinoza dedujo la noción de la Sustancia una y única, que no puede coexistir con otra sustancia, porque ambas dejarían de serlo; principio panteísta, monista, que anuncia todo el ambiente de identidad absoluta en que se han de desenvolver los sistemas de los filósofos alemanes del siglo XIX.

Kant, aguzando la crítica de nuestras facultades, enlaza y combina el procedimiento de la introspección con el de la duda y produce el más fecundo movimiento de investigación metafísica que se haya conocido jamás. Sitúa con exactitud los dos elementos del problema cognoscitivo: el yo que piensa y conoce, cuyas facultades son sometidas a riguroso análisis, y el objeto conocido, o sea el universo con la infinita variedad de seres. Pone en duda la capacidad de conocer, pone en duda la esencia de los seres, lo que él llamó la "cosa en sí", pone en duda la realidad y objetividad del conocimiento en general. Lo que acepta es la percepción de las cualidades externas de los objetos, de lo que él llama los fenómenos. La crítica de nuestras facultades cognoscitivas le lleva a la conclusión de que no podemos conocer la esencia de las cosas, el *nous*, sea porque no exista en realidad, sea porque las facultades humanas no son capaces ni competentes para ese conocimiento esencial.

Los discípulos y sucesores de Kant se esforzaron en demostrar el nexo que existe entre la mente que conoce y el mundo exterior, para deducir de allí la posibilidad del conocimiento que Kant negó o relegó a la duda. Fichte unifica los dos términos o elementos del problema. Acepta y enseña la existencia de un Yo absoluto, con la fuerza interna para darse a sí mismo necesariamente la existencia y para conocerse. Por antítesis o por oposición a ese Yo, se deriva el No.— Yo o sean las cosas

exteriores, el mundo. Por ese origen común, explica él suficientemente la posibilidad del conocimiento, ya que las formas exteriores corresponden exactamente a las formas a priori de la razón pura.

Schelling, apoyado en la doctrina fichteana, concibe la naturaleza como representación del espíritu: éste, a su vez, es concebido como algo inconsciente, sujeto a la ley de la evolución. No es, pues en este sistema, el mundo una creación directa del Yo, como en Fichte, sino un resultado de una evolución fatal. Más tarde, este filósofo, concibió una entidad metafísica, anterior a todo, al espíritu y a la naturaleza, y la llamó lo Absoluto. En este se une e identifica todo cuanto posteriormente se deriva de él por evolución.

Hegel, elaborando su sistema con los elementos que le transmitieron sus dos antecesores próximos, con mente poderosa amplía enormemente el desarrollo de lo Absoluto de Schelling y sitúa como principio originario de su doctrina el Yo de Fichte, que él llama la Idea absoluta.

Es ese el mayor sistema filosófico concebido por mente humana. Abarca y trata de explicar todos los conocimientos y las ciencias; encierra principios fecundos, muchos de los cuales aún viven y son considerados como exactos e irrefutables; ha dado origen a corrientes filosóficas opuestas, dividiéndose sus partidarios, en "derecha" e "izquierda" hegelianos; ha influido en los errores más absurdos de las escuelas idealistas y, por reacción ha provocado las explicaciones del más crudo materialismo; y ha dejado como flor para la humanidad escéptica, la fundamentación más firme del arte y de la belleza, la Estética.

Su doctrina contiene estos principios básicos: la completa identidad del sujeto y del objeto; "todo lo real es racional y todo lo racional es real", es su fórmula favorita; la evolución indefinida de un principio único, gracias a lo cual todo este universo sensible, el mundo de las ideas y conceptos, procede de la Idea absoluta, en eterna ebullición creadora; la formación de todo mediante etapas o ciclos, cada uno de los cuales obedece al ritmo invariable pero infinito de estas tres combinaciones: tesis, antítesis y síntesis, que explican la variación en medio de la unidad, variedad de formas sensibles a base de la unificación interior de sustancia, y la correspondencia de lo real a lo ideado, que facilita el conocimiento, y enlaza lo últimamente creado a través de siglos y generaciones, con su principio originario, com-

pletando el círculo, por el cual las cosas vuelven a unificarse, manteniéndose con igual energía y dirección.

Su sistema es como un segundo Génesis, que trata de explicar, por método y con facultades meramente racionales, la existencia de Dios o de la Idea absoluta, y la creación o derivación emanativa de los seres que componen el universo. La Idea absoluta tiene, según él, atributos casi idénticos a los del Verbo; existe por sí misma; en fuerza de su existencia, con poder que le es propio, se conoce a sí misma; se siente esencialmente creadora, y cada pensamiento suyo se convierte en existencia fuera de sí, pero dependiente de sí.

Hegel avanza, en su afán explicativo y con una fuerza de pensamiento realmente genial y, por desgracia en un lenguaje demasiado oscuro, a desentrañar las leyes que guían y rigen a la Idea en su proceso dialéctico: ese es el objeto de la Lógica, que es diferente de la que con ese nombre se enseña y se conoce en las escuelas.

Derivada de la Idea, la naturaleza tiene también sus leyes evolutivas propias, que Hegel describe en su Filosofía de la Naturaleza. Esta es la parte en que la Idea se refleja de un modo opuesto a su esencia absoluta. Es la antítesis de la Idea, no en el sentido de que sea algo incompleto, absurdo, irracional, sino en que es la realización independiente de lo que la Idea encerraba de sí de contrario y limitado.

El espíritu o las obras de la Idea, el producto de ella semejante a sí, en el que vuelve a encontrarse fielmente reflejada, formando así la síntesis de los dos elementos contrarios, constituye la Filosofía del espíritu la tercera gran concepción de Hegel.

En ella trata de todas las ciencias que encierran estos cuatro conceptos: derecho, moralidad, ética y estética. Aquí se resume propiamente el saber enciclopédico de Hegel.

Consciente de su vasta creación ideológica, de su sistema metafísico, de su doctrina filosófica, Hegel se llenó de orgullo, hasta llegar a ser bastante agrio aún con sus amigos íntimos. Afirmaba que nadie le había comprendido; que sólo existía un filósofo que le había entendido y aún él sólo a medias.

Parte de su sistema sobreviene; otra ha muerto, desvirtuada por la reacción de la escolástica, particularmente de la filosofía tomista, y por los descubrimientos de la ciencia moderna; pero aún así, su obra es uno de los monumentos más grandiosos que ha erigido el genio humano en su afán de explicar racionalmente el universo.

POEMAS

G. Castañeda Aragón

TOLEDO

Lo había imaginado.
El Tajo, con pescadores que cantan por la noche.
Los arcos color de siglos,
Callejuelas para espadín y tricornio,
ni más ni menos.
Y la casita del Greco
frente al agua, manchada por los ingleses.
Hay luna.
¡Qué lástima
que no se apague el alumbrado eléctrico!

SALUDO CENTENARIO A BOLIVAR

A tí, que metafóricamente,
como consta en los himnos y proclamas,
"rompiste las cadenas"
de estas tierras tan vastas
que hoy son más esclavas que nunca,
unas de los políticos eminentes,
otras de las libras norteamericanas,
yo que no he puesto autógrafos en San Pedro,
ni creo que sea una gloria para Santa Marta
el que hubieras venido a morirte aquí
como cualquier ola triste de la playa,
te saludo y te pido,
ahora que hace un siglo que expirabas
entre el barbudo monsieur Reverend
y tu ayuda de cámara
sin Manuelita Sáenz que hubiera sido
la mejor medicina recetada,
ahora te pido, oh Cid, que desenvaines
tu machete llanero, aquella espada
que hizo seguirte a nuestra brava gente
por las planicies y por las montañas.

PROSA LIRICA

Remigio Crespo Toral

(Portada de un libro así titulado)

La prosa, más bien que el verso, va camino de desarrollo y reforma, para el objeto de convertir aquella en sutil instrumento poético, que llegue quizás, relativamente, a supeditar a las sonoridades, medidas y equivalencias musicales de la versificación.

Lamartine —uno de los reyes del ritmo y de la rima— en años de madurez, extremó tanto los reproches a la forma usual poética, que dijo se avergonzaba de las combinaciones casi infantiles, que encadenan el pensamiento y reducen a simetrías y convencionalismos el sentimiento y hasta las elevaciones del genio hacia lo sublime. Y esto declaraba, a manera de confesión, el autor de *Milly*, la *Tierra Natal*, poema de la edad madura en que persisten el frescor y la facilidad juvenil del autor de *Regret*—el *Lamento de Los Preludios* y la sinfonía del *Lago*, en que la forma tradicional no traicionaba la inspiración, que se ajustó al molde usado sin violencia ni daño para la sinceridad de la expresión.

El gran poeta tenía en parte justicia: las estrofas resultan zandalias, aunque de seda y oro, que aprisionan el pie; y los acentos, los consonantes, los hemistiquios, las rimas alternas martirizan al ingenio. No asoma allí la libertad; y sin la libertad, no se vuela. El pájaro de jaula cantará según el acorde conocido de una rutinaria más o menos agradable. Pero no habrá expansión, ni atrevimiento para ensayar, descubrir y explorar. La carrera será como la de los que caminan prisioneros en un saco.

El consonante, sobre todo, aunque traiga con el martilleo y armonía de equivalentes, cierta sensación de deleite, no da siempre la ingenuidad, la poesía pura, honda y emocional.

El consonante, en veces, determina el concepto y señala el rumbo de las ideas: una inversión del procedimiento. Es la forma —la mínima parte de ella— que señala la trayectoria de la

inspiración: una creación sobre base cierta, inadaptable a la grandeza del pensamiento, a su intensidad y amplitud.

La poesía sabia —la de griegos y romanos— prescindía del consonante y de las nimiedades de la versificación, de sus reglas antojadizas y de sus caprichos escolásticos: realizaba la armonía en la alternabilidad de los sonidos graves y leves (1). El idioma se rige también por complicadas normas musicales. La majestad del hexámetro y su ondulación armoniosa y varia no ha menester de sonsonetes y cascabeleos obligados y talvez fastidiosos y de igualdad en golpes finales, para producir la hechicería del ritmo. Lo propio ha de decirse de las demás combinaciones de la lírica antigua.

El latín bárbaro nos trajo la consonancia, tortura sobre todo para los mediocres; y caso raro, que las lenguas del norte cuya musicalidad delicada podía muy bien prescindir del consonante, son al que lo adoptaron definitivamente.

Detalle de la evolución del verso, la rima llamada imperfecta, la asonancia que asoma ya en canciones de la Edad Media y que pasó, casi como forma original de la poesía española: el casi paralelismo de los sonidos terminales, procedente en parte del griego.

Menéndez y Pelayo rechazó, con criterio de gran esteta, la postergación del verso y hasta del consonante, sin dejar por ello de apreciar el verso llamado blanco, como instrumento de desembarazada expresión del pensamiento poético, que el mismo crítico poeta ensayó con soberana amplitud.

Todo esto se acomoda a la libertad del artista, para afinar, en buen entender y conforme al gusto personal, la docilidad y elasticidad de las formas.

El consonante tiene partidarios, sobre todo en los que saben que con él se suplen deficiencias y fallas: la musiquilla de la rima engaña al oído y desvía el juicio trascendental, que define con Goethe: que lo que hay de poesía real en los versos corresponde a lo que de ellos queda, trasladados que sean a la prosa. Esta comprueba los valores de la inspiración uniformada en la rima tradicional.

No por esto se crea que el ritmo y la cadencia, tan necesarias aun en la prosa, no sean parte de la lírica, cuya musicali-

(1) En el verso latino, constaban los tres ritmos: de cantidad, de fuerza y tonalidad. En el castellano, nos queda solamente el de intensidad — el acentual.

dad se adhiere al pensamiento como la voz humana en la palabra.

Arturo Graf hizo elogio del consonante en una linda estrofa italiana que aquí se ensaya traducir al español:

Como a la punta del tallo, encima,
surge el prodigio de su color:
así del verso sobre la cima,
gentil descuellas, graciosa rima,
de la armonía perfume y flor.

Estas mismas discusiones que denotan variedades criteriosológicas, indican la inestabilidad y fragilidad del verso como manera única de dicción poética; y la necesidad de adaptar la prosa a la poesía libre, triunfal, rica en matices y oscilaciones, que se acomode a las intermitencias sentimentales, a los altibajos de la fantasía, a la ascensión aquilina del espíritu, a la serenidad de las cumbres, a la profundidad intensiva, al estremecimiento de la sublimidad, a la visión estática.

Dijo el famoso Baudelaire, precursor de muchas empresas de originalidad: "¿Quién de nosotros en sus horas de ambición, no ha soñado en el milagro de una prosa poética musical, casi sin ritmo y sin rima, flexible... y adaptable a los movimientos líricos del alma, a las ondulaciones del ensueño, a los sobresaltos de la conciencia?"...

Novedad no significa la prosa lírica moderna, ni el poema en prosa actual puede recomendarse como invención de las escuelas más o menos revolucionarias. La prosa como obra armónica y poemática, a manera de género de especialización y modo aparte, en verdad no arranca de remota fecha. Pero, en todas las literaturas, se registran fragmentos de prosa poética admirables: en Cicerón, en Séneca, en los oradores atenienses. Sin acudir a otras literaturas europeas, España presenta modelos de prosa musical en gran copia: Cervantes, Granada, los místicos, los ascetas; ¡qué delicia de ritmo en la corriente de la elocución, derramada, sonora, emocionante!

El Romanticismo francés supera en el intento y la cabal realización, con Rousseau, Chateaubriand, Lamartine, con poemas como la **Nueva Eloisa** y **Los Mártires** y tantos modelos lamartiniánicos de las **Confidencias**, las **Conversaciones** y los **Viajes**—.

En el siglo XIX, la prosa emula con el verso en muchos departamentos literarios: el drama, el poema histórico, la leyenda, el cuadro, la fotografía.

Y los autores constituyen falange; y entre ellos, grandes y verdaderos poetas, tanto como los del verso: Flaubert, casi un épico

Pierre Loti, maravilloso paisajista del mundo interior y exterior y una gran parte de la literatura contemporánea de Inglaterra, Francia, Italia, España, Hispano América, la de Montalvo y Rodó —su continuador, la de los rusos con Tolstoi y Dostoiewski y la de la India de Rabindranat Tagore.

Pero, no por tan singulares preludios, se crea que el género ha llegado a cristalizarse, a constituir todavía casa propia, heredad acotada y tierra de labor.

En los empeños de última hora, se puede encontrar ya lograda la empresa: desde la chispilla diamantina de un cantar hasta la narración heroica, desde el salmo y el himno y los pequeños poemas, hasta la épica; prosadores se multiplican, artistas de la prosa fluvial, colorida, multiforme. Es quizás la forma magnífica, libérrima y oceánica, a lo menos de las vastas empresas del ingenio y del nùmen.

Las leyes rítmicas rigen ampliamente en la prosa, que se acomoda a la ondulación musical, a la variedad y al sutil encanto. Al discurso se aplica muy bien esta observación del gran Luis de León: "En la música, no suenan todas las voces agudo ni todas grueso, sino grueso y agudo debidamente, y lo alto se templá y reduce a consonancia con lo bajo".

Tales normas casi inaplicables al verso, tienen cabida, sitio y ciudadanía en la prosa lírica.

En una célebre página titulada **Poética** de Pierre Louys, se esboza algo de la didáctica nueva aplicable a la prosa: "La musa puede suscitar el són antes de la palabra, el ritmo antes de la frase. El pensamiento, todo vivaz, dicta el estilo inmortal... Y escoger la palabra: no hay sino una sola".

Esta pedagogía que va a lo profundo del proceso de creación de las obras de la palabra, ¿en qué ejercicio de ella resulta de más aplicación que en la prosa, cuyo desembarazo y amplitud se prestan a todos los matices e iridiscencias del nùmen, de la llamada inspiración y del movimiento emocional?

Grave tropiezo el de la rima, cuando sugiere la idea y sobre ella se construye el poema, que por tal motivo, se reduce casi siempre a resultado de la elocución, en vez de que la idea genere la forma, libremente. Así un versificador tan formidable como Quevedo se dolía de la **esterilidad de los consonantes**,

que no le inspiraban el desarrollo del tema. Y Lope tan fácil y dominador, no en toda empresa, logró sujetar a lo que llamaba los **vasallos consonantes**. De suerte que estos rebeldes súbditos —si tales pueden llamarse a manera de los socialistas, señorean la república poética sobre los autores mediocres, que a aquel plebeyo yugo se rinden y aún incomodan a los prevatescientes, con la genial indocilidad que naturaleza concedió a la rima, llamada perfecta, precisamente por las dificultades de su factura.

El verso-gema brillante, artificioso esmalte de paciente disposición, tiene las dificultades de lo raro, que al cabo degenera en las facilidades de labor uniforme, calcada, amoldada en la prisión de la estrofa, con las puntas de encaje flecadura de la rima. Quizás para el cantar, en la copla, la romanza destinada al canto, al acompañamiento de la flauta, el verso llega a la esquisitez rítmica y a la seducción de la melodía.

Mas, con destino a las grandes obras, para ensayar las alas poderosas e ir sobre las cumbres, en la aeronáutica del genio, la forma ha de lograr más espacio, brio, expansión y osadía. Y el verso no es instrumento para las empresas de profundidad y extensión.

"No cabe que se encierre
del mar el agua en tan pequeño vaso",

se lee en uno de los pequeños poemas del poeta mayor de la raza hispánica, Camoens.

POESIAS

Fabio Fiallo

QUIEN FUERA TU ESPEJO!

¡Cuán feliz es el sol! en las mañanas
por verte su carrera precipita,
y a tus balcones llega, y en tu alcoba
penetra por la abierta celosía.

Al blando lecho en que reposas, sube,
a tu hermosura da calor y vida,
tórname ritmo en tus azules venas
y epigrama de luz en tus pupilas.

Mes, yo no envidio al sol, sino al espejo
en donde ufana tu beldad se mira,
que te ama, alegre, cuando estás delante,
y al punto que te vas de ti se olvida.

SANDALO

Es su espíritu lámpara encendida
en el callado altar del sacrificio,
y son dos piedras de ese altar propicio
el duro seno en que su fe se auida.

Ni una vez su pupila enlutecida
el vértigo sintió del precipicio,
ni pudo despertarle un solo indicio
el pecado al rozarla por la vida.

Si pesada es su cruz nadie lo advierte:
de tal modo es aligera su planta,
y, como alondra, cuando sufre canta.

Breve como una flor será su suerte...
Y, cuando muera, un suave olor de santa
perfumará los labios de la muerte.

ASPECTOS DE NUESTRO PROBLEMA INDIGENA

Luis Bossano

(De un Ensayo sobre el Campesino)

En el Ecuador, en la América Hispana, a raíz de consolidada la obra de la conquista se consumó también una coexistencia absurda y fatal de dos razas estratificadas. España trasplantó a la América su civilización, pero únicamente para españoles. Esta es toda la realidad. Al principio fue también un tanto excluido el mestizo, pero, luego fue quien además hubo de confabularse contra el habitante autóctono, el cual impotente ya frente a un poder y un sistema invencibles para él, hubo de entregarse pasivamente a su aniquilamiento secular. Y el español, que llegaba al nuevo Mundo con su cultura adelantada, sus ciencias, artes, confort material y mil atributos más, —los trajo únicamente para sí; y el indio americano quedó aislado, completamente al margen del nuevo ciclo de civilización que se implantaba en su propia tierra.

La Península ibérica se desbordaba en busca de otro asiento de vida, y solo hubo menester de un instrumento bruto, material, que condicione y facilite su conservación en el nuevo medio, y ese fue el indio.

De allí que no pudieron ser sino meras fórmulas escritas, aquellas disposiciones del gobierno real tendientes a fomentar alguna vez, enlaces entre americanos y europeos. El conquistador, en la práctica, sólo debía preocuparse de establecer sólidamente sus sistemas de opresión. Ni el idioma supo darle. Quiso infundirle un cierto sentimiento religioso, pero no para imprimirle una dirección moral o espiritual o una alta inquietud ultraterrena, sino en cuanto lo juzgaba condición indispensable para afirmar moralmente la calidad de este organismo de prestación material. Por eso, el catolicismo no es en el indio sino una desviación, o mejor un ensanchamiento mas fuertemente figurado de esa su natural tendencia supersticiosa y timorata engendrada originariamente por su atrofia mental.

De esta manera, y con emancipación y todo, no sólo detenida, sino retrocediendo la civilización del aborigen americano, este ha permanecido perfectamente estancado en la realidad de su vida moral y material por espacio de cuatro siglos, mientras encima y en torno suyo danza ya el estruendo de la Cultura

Siglo XX, con sus protagonistas, el blanco, el mestizo, el mulato, el zambo y constantemente el negro. Y este es el soberbio panorama de varias de nuestras democracias hispanoamericanas.

En nuestra nación ecuatoriana, las tres cuartas partes —por decir lo menos— de la población se halla integrada por esta gente indígena, generalmente campesina. La vida cultural, por tanto, no puede desenvolverse sino en torno de algo más de seiscientos mil ecuatorianos. El resto, de uno y otro modo, sigue constituyendo el mismo instrumento material que se fabricó el colonizador ibérico, el propio indio que no asimiló ni ha asimilado ninguna corriente de civilización en cuatrocientos años.... ¿Podemos así honradamente esperar o anunciar un verdadero desarrollo de la vitalidad nacional, un desenvolvimiento de energías y poder capaces de ponernos a ras con las demás naciones del globo? ¿Comprenderemos ya dónde reside el secreto de la grandeza de la América sajona, forjada en un lapso casi igual de existencia independiente?

Si el indio, a la hora del nacimiento de la República hubiese ya llegado a constituir una fuerza viva y consciente, equiparable al blanco, muy diversa realidad hubiérase sin duda presentado como eje generador de nuestra marcha republicana. Totalizado uniformemente el gran bloque nacional e impulsado ya por todas las humanas necesidades, habriase esforzado por arrancar todo el posible rendimiento del ambiente nativo; infinitos arranques dinámicos y creadores hubiéranse entonces diseminado por nuestra tierra pródiga, y no ya sólo las dos sino las tres regiones, embriagadas de actividad exuberante, se hubieran tornado en el gran foco energético de vigor industrial y agrícola, de potencia económica, de vida espiritual, de cultura fecunda. Allí quizá pudo haber brotado eficazmente el gran principio de libertad fraterna del sueño de Vasconcelos; y no ya con las taras y perjuicios occidentales para implantar un régimen plutocrático como llevó el inglés a la América del Norte, sino con un espíritu de armonía integral de razas, orgánica y mentalmente solidarias.

La incorporación del indio a la civilización moderna, a la vida nacional, constituye un salto violento y brusco, pero urgente de realizarse por todos los medios adecuados. Sólo con este nuevo y formidable elemento de valor actuante, consciente, positivo, podrá salvarse y levantarse nuestra democracia en germen y encenderse nuevos manantiales de auténtica energía en la naturaleza y en la vida.

H. Pallares Z.
G. Bustamante

EPISTOLARIO

Londres, Julio 30 de 1931.

Señores Hugo Moncayo y Alfredo Martínez.
Secretario y Bibliotecario del "Grupo América".

Quito.

Muy distinguidos y recordados amigos:

Junto con algunos ejemplares del N° 43 de "América", he recibido las comunicaciones de ustedes en las que han tenido la amabilidad de avisarme que he sido designado socio colaborador del "Grupo América", y que se me encarga, como tal, de la propaganda de las letras nacionales entre los intelectuales europeos e hispanoamericanos, especialmente.

Ante todo, muchas gracias de que al reorganizar el antiguo grupo, no hayan olvidado ustedes al compañero y amigo ausente.

Grata, y para mí desde que salí de la Patria constante labor esta de procurar el mayor conocimiento de nuestras letras y nuestro país. Empeño nada fácil dada la indiferencia general del público. Pero en todas partes existe un grupo, una minoría, que se interesa en el estudio de los otros países, así fueren estos los más remotos. Y Europa, después de muchos años, empieza a saber que América es algo más que el agrupamiento de veinte Repúblicas en donde se forjan, todos los días, "veinte revoluciones". Como empieza a pesar en los destinos del mundo, —o mejor dicho como se sabe que un día influirá eficazmente sobre él—, los ojos, antes indiferentes, escrutan en sus corazones, miden sus posibilidades. Continente donde se ha transfundido mejor que en otro alguno la raza y cultura europeas, tiene que interesarles cada día más; en él se ven prolongarse y florecer y esperan, sobre todo, que esta floración será más tarde magnífica.

En Europa, todas las ramas del saber se interesan en el Nuevo Mundo: los geógrafos, mejor que nosotros, conocen los pliegues y repliegues del Continente; los geólogos su estructura y los arqueólogos reviven el misterio de las civilizaciones aborígenes. Historiadores, críticos o poetas estudian nuestras letras o nuestra historia.

Si la tierra produce singulares frutos, en Europa exóticos, la raza ha dado ejemplares humanos tan completos como los mejores de este viejo tronco. El valor humano nos da y dará mayor ascendiente y renombre que la feracidad prometedora de la tierra y que los preciosos filones que encubre. Nunca sentí dilatarse más la esperanza en el Continente que cuando oí resonar, sin disonar, el eco de la gloria de Bolívar, bajo los muros milenarios de Roma. Qué magnitud ciertamente la del héroe que añadía una nota armónica en el concierto de los más altos y más viejos ecos de la gloria humana!...

Y pasando a otros héroes menores, de casa, ellos salen a cada momento por el renombre del país. En la misma Roma, más de una ocasión, al dar mi nacionalidad, mi interlocutor, me decía: sí, del Ecuador, de la Patria de García Moreno. Por este nombre lo conocían, por él lo distinguían del ecuador africano con el que andamos confundidos en la mente de la mayor parte de los europeos. Y aquí en Londres, a donde afluyen españoles y sudamericanos, que casi siempre nos desconocen, hube de sacar cierta vez a Montalvo a enderezar un entuerto. Un amigo español, de vasta cultura peninsular y de ignorancia universal, arremetió un día contra los sudamericanos que habían adulterado y adulteran la lengua de Cervantes. Nos condenó a todos a una impotencia irremisible para hablarla y escribirla. Pocos días después, en respuesta, recibía de mi parte un ejemplar de los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. No se si usted los leerá todos, le decía, pero quisiera saber después de que conozca algunos, si usted persiste en la opinión que tiene de nosotros.

Sucedió lo que esperaba, pues aquel amigo, sutil catador de prosas y versos, no podía ser indiferente a la magia verbal y a la castiza entonación de nuestro Don Juan. Su pecado era tan sólo de ignorancia. Más tarde me confesó su sorpresa y su admiración. No creí jamás que en América hubiese retoñado la lengua nuestra con tal vigor, me dijo. Cuentan ustedes ya con un clásico que bien pude dispensarles de conocer los nues-

tros. Y sutilmente divagó sobre las excelencias del estilo que había aunado, con magistral acierto, la gracia antigua con la agilidad moderna.

Desde entonces, un europeo más, habla con calurosa simpatía de nuestra América, cuyas grandes figuras nos hacen perdonar de más de un pecado.

Por razones que ustedes comprenden, no es, ciertamente, Londres donde se puede hacer mucho por el concurso que ha promovido el "Grupo América". Pero indirectamente, por la afluencia de españoles y sudamericanos, es posible alguna propaganda de él. Excusado decirles todo el empeño que pondré en éllo.

Permitanme ustedes felicitarles por la iniciativa de dar a la celebración del centenario del nacimiento de Montalvo el doble carácter de nacional e internacional: si él nos pertenece, pertenece también a la gloria común del Continente, de España, y es, por encima de todo esto, del dominio universal de los grandes.

Como prenda de éxito para la realización del proyecto, allí están los nombres de todos los del "Grupo". Y para reavivar el entusiasmo y acelerar las voluntades remisas, allí está la constancia y fe inquebrantables de usted, mi querido Martínez.

Cordiales recuerdos para todos.

Hernán Pallares Zaldumbide

Buenos Aires, Septiembre 18 de 1931.

Señor don

Hugo Moncayo

Quito.

Distinguido amigo:

Grato me ha sido informarme, por su atenta de 1º de Junio último, de la fundación, en esa ciudad, del Grupo América que trata de proseguir la labor americanista iniciada por la antigua revista "América", de la que fui uno de sus directores.

Conociendo, como conozco, al personal que forma el Grupo, no dudo de que su actividad será fructífera en alcanzar un

mayor acercamiento entre nuestros intelectuales y los de las demás naciones de Hispanoamérica, así como en realizar, con motivo del próximo centenario del nacimiento de Montalvo, el hermoso programa de difusión, en todo el continente, de la obra del Maestro, y de evocación, ante la juventud hispanoamericana —para despertar su amor o reavivar su culto al Cervantes americano— de la figura de uno de los más destacados escritores de lengua castellana, en cuyo corazón ya cobraron vida los sentimientos democráticos y palpitó la más perseverante defensa de la Libertad de pensamiento.

Agradezco la honrosa distinción que me hace el Grupo, al designarme su Socio correspondiente en esta República, y, acogiendo complacido el programa de acción que proyecta desarrollar, cúmpleme ofrecer mi decidida cooperación, ya con mis trabajos como haciendo propaganda entre los intelectuales argentinos.

Me valgo de esta grata ocasión para saludar a Ud. atentamente.

Guillermo Bustamante

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

Los cuadernos poéticos de Castañeda Aragón

En las páginas de esta revista y en un estudio a propósito del verso nuevo en América, dijimos algo del acierto de itinerario de la "Geografía pintoresca" de Castañeda. El último cuaderno de sus poesías, "Faro", ilumina nuevas distancias marítimas y parpadea en la línea de otras costas recién descubiertas. Castañeda prefiere el micro-poema para su nota cosmopolita y la metáfora de violenta trasposición, visible, concreta: "Mar de vidrio— mar de vidrios rotos— este mar— de esta costa— Las gaviotas— se rompen las alas— Botellas verdes— rotas..."; "La gorra del grumete— rueda por el malecón— La persiguen unos niños— y el grumete, corriendo— tras ellos— es otro niño más..."; "Algeciras, bazar de moros,— Algeciras— oro y azul, eres un gran— Mantón de Manila..."; "Cenizas de Colón y de Bastidas.— Alcázar en ruinas.— Basílica, grávida de historia.— Y el mar violento y verde.— Y las palmeras, como árabes— en el desierto, postradas— al paso de los ciclones..."

La fuga del cielo uniforme ha de marcarse, así, con los encuentros proteicos del mar y la fisonomía diversa de las costas: el pavor del tiburón y el avance piadoso del bufeo. El untuoso aire marino que nos limpia de las tristezas de la tierra. La rama de coral para los buzos. Las palmeras húmedas de rocío o la sequía del arenal tendido al paseo de los cangrejos...

Otro cuaderno: Orquesta Negra. El concierto moderno de los jazzbandistas? Mas bien ese desacorde ritmo de marchar por extraños caminos, atentos a la vida que ya no recuerda nada de patriarcales reposos: orquesta negra, jazz, loa de la sombra, madrigal de café, las torres ebrias, tragaluces (fuente del campo: miniatura bucólica, abandonada, como un ojo que

no pudiera ver!), timbal, turf, campana de la sierra, lavandería china, tramonto en el río...

Por eso el poeta señala, en su viaje, tantos sitios disímiles. Por eso piensa en la orquesta que reúne lo discorde e impulsa, con el entusiasmo negro, la danza blanca de las damas rubias y los espigados galanes.

Olvida, por eso, antiguas lamentaciones y escribe su oda pindárica a la luna, su saludo centenario a Bolívar, su encargo a Flora, volviendo actual la decisión de fuerza del poderoso elogiante de los juegos olímpicos, contrayendo la épica, reduciendo la bucólica a un recuerdo para Fray Luis y un ruego para Flora: "Soledad, buen amor y unas manzanas..."

Muy grato es para nosotros el nombre de Gregorio Castañeda Aragón, poeta de hallazgos modernos, amigo de la Amazonia, original vigía del Magdalena en nuestra Colombia grande.

El Libro síntesis de Fiallo

Fabio Fiallo nos envía su libro síntesis. Es una colección apretada de sus poemas de varios lustros que se depositan en uno de los parvos tomitos de "las mejores poesías líricas de los mejores poetas", editados por la Casa Cervantes. Fiallo repartió sus dones entre la política y la poesía: la Patria y la Dama. A la primera ofreció el acero de su ánimo y fueron para la otra las flores de sus madrigales. El poeta dominicano, por afinidades claramente apreciables, está cerca de dos cantores de nombre inolvidable: el lírico sevillano y Enrique Heine. Como en el suspiro de Bécquer sus recuerdos le fluyen fácilmente en la rima, y suele apuntar, a veces, ironías amargas como las del poeta alemán, suavizadas no obstante, en el vértice de su vuelo, por esa vida de florido gusto que no ha dejado escarcha en sus sienes de sesenta años.

"En sus versos, como en sus cuentos, es siempre un puro, un fino, un noble poeta" dijo de él Darío, e insinuando la medida del poeta lírico, inmensurable en la sugestión, pero de límite formal, añadió: "Su lírica es a cortos vuelos, a suspiros, a quejas, a caricias. En vano buscaréis virtuosismos, cosas funambulescas, habilidades de que han usado y abusado muchos de nuestros notorios y no notorios pianistas del verso. El sentimiento, he ahí su fuerza. Piensa a través de su corazón".

La poesía lírica retuvo en su expansión universal algo como la búsqueda inquieta de nosotros mismos. Por eso preferi-

mos a los poetas que se descubren, sin la sospecha de que sonreiremos junto a la escena que vivimos o pudimos vivir. La confianza que les surte en delicada estrofa, tiene al nacer el deslumbramiento de lo único y se desprende de la raíz animica como destinada a vivir en una sola alma. Por eso es cálida de jugos vitales. Pero no fuera durable sin esa dúplice virtud, a la vez suspensa y viajera: parece secreto, quizá lo fué en su gérmen, mas su destino es para que lo profanemos y allí reside, precisamente, la explicación de su longevidad. Las golondrinas de Bécquer han formado un nido de besos. Heine tonifica, con su elixir amargo, todo precoz desengaño.

Fiallo confía vagarosas impresiones a la forma antigua de la lira. Convierte en perdurable esencia el encanto de aquellas flores cuya vida no dará más que para la gloria fugitiva del matiz o el pasajero logro del perfume. No quiere contarnos nada de sus amores con detallada plática de novicio. Se recata, pero nos deja adivinar de qué dulces alcázares vuelve al trabajo espontáneo del verso, para que no fugue su recuerdo. Como a casi todos los poetas líricos le tienta el escorzo de figura del cuento y su lápiz se afina, de propósito, para el cuadro incluido: siempre hay tres mujeres en un óleo fresco, y siempre, detrás del instante que se copia en miniatura o se envanece en los tonos de la distancia, el poeta, sin calculado artificio, llega para buscar a la pequeña, a la soñadora, a la resuelta....

Fabio Fiallo, milite como Garcilaso, gobernante de su tierra de las Antillas, "alma de perla", como le llama Rubén, ostenta un oriente de luz poética.

Augusto Arias

REVISTAS

Nosotros

Muy pronto este órgano de las letras bonaerenses, cumplirá su cuarto de siglo de existencia.

Surgió esta revista a la vida de la intelectualidad argentina —y de América también— allá, en los albores de este siglo, hacia el 907, gracias al esfuerzo y entusiasmo de sus actuales directores —en ese entonces aún turbulentos, pero ya revolucionarios (y veteranos en las

luchas periodísticas y literarias!) estudiantes del Colegio Nacional de la capital rioplatense— los consagrados intelectuales argentinos: Alfredo Bianchi y Roberto F. Giusti.

Raro es, en la historia de la cultura americana, por lo que concierne a su dinámica persistencia, por lo que respecta a su lucha intrínseca y a los nobles propósitos de su razón de ser, y también, por el triunfo rotundo que supone su existencia el caso —un caso de alhagadora comprobación de lo que puede y hace el espíritu americano— de NOSOTROS.

Necesario es saber la lucha más que titánica, formidablemente heroica, que requiere la realización de una empresa civilizadora, a la que se consagran las mejores fuerzas intelectuales y espirituales, en bien del mejoramiento de los pueblos, sin más retribución que el placer muy íntimo, muy personal de cumplir con la elevada misión de levantar los niveles humanos, para apreciar en su justa valoración, la obra, que para beneficio de la civilización americana, y para orgullo de las letras argentinas, lleva ya lograda la revista de Buenos Aires, y que seguirá realizándola en el futuro.

Todo un gran capítulo de la historia nacional, guarda NOSOTROS en su noble existencia infatigable y perseverante. Sus ilimitados, generosos y abiertos horizontes culturales, acogieron y recogieron, desde sus comienzos —lo que comprueba la alta visión constructiva de sus creadores y propulsores, visión que, desde luego, ha venido confirmándose con su obra mismo, y que alentará siempre en la vida de la revista— todas las fuerzas intelectuales que en los diversos campos de la filosofía, la historia, la literatura, el arte, la política, se estrechaban, en una conjunción armonizante, para levantar el edificio, hoy severo y consistente, de la personalidad cultural argentina.

Así, desde sus tiempos iniciales —tiempos en los que, en la Buenos Aires de entonces, ya existía, para las nocturnas divagaciones artísticas o políticas de Roberto Payró, Ricardo Rojas, Emilio Becher, Alberto Gerchunoff, Florencio Sánchez, Carlos de Soussens, Cuitiño, Viana y otros ya formados escritores, el literario café de los Inmortales— todas las generaciones de la intelectualidad argentina, desde aquella que viene de Enrique Banchs, y las anteriores aún, hasta las novísimas de ahora, han hecho de NOSOTROS la alta tribuna desde la que han aventado al campo del espíritu americano, sus semillas estéticas, cuya fructificación es ya una noble enseñanza estimuladora para las nacientes generaciones de Hispanoamérica.

Subyúganos en la obra de NOSOTROS, esa alta conciencia creadora, ese bien practicado y vivido sentimiento de nacionalidad, —en cuanto ésta significa la formación de la personalidad moral de un pueblo, por medio del cultivo y desarrollo de sus excelencias intelectuales y espirituales— que, en la forma más amplia, y por todos los caminos posibles, ha sabido llevar, fuera de los linderos americanos, hacia los lejanos horizontes extranjeros, el conocimiento de la vida de la poderosa nación del Plata.

No ha habido, pues, en el transcurso de los veinticinco años próximos, —extraña juventud llena ya de prestigio e inspiradora de la

más respetuosa admiración— de la revista rioplatense, espíritu argentino que bien en su iniciación, o en pleno curso de su vida literaria, artística o política, no háyase asilado, siquiera transitoriamente, bajo el techo, si un poco severo, —en lo que se refiere a la sana y consciente selección de sus genuinos valores intelectuales, e intransigente, es natural! con la petulante vacuidad de las gregarias y pueriles audacias innovadoras, (que no innovan ni crean nada)— comprensivo y generoso de NOSOTROS, acogedor siempre, eso sí, de toda actitud, de todo movimiento que signifique avance o evolución verdaderos en el constante devenir —que es la constante depuración— de la cultura argentina.

Así, recordamos, porque es un claro y dilecto nombre americano, —entre cuantos, no muertos, ya que viven en la perenne consagración de sus obras, y vivos ilustres— el de ese "loco lindo", filósofo puro y burlón terrible, de Ingenieros, cuya figura, pasó por la vida de NOSOTROS, que es la vida argentina, fecundizando el alma nacional —y la americana— con su asombrosa e infatigable labor, brillante de enseñanzas y de sabias orientaciones.

Y sólo un momento de interrupción, de silencio ha sufrido la vida de NOSOTROS. Esto fue casi en sus comienzos mismo, después de su tercer año de lucha. Desde entonces, como si aquel lapso de inactividad hubiérale infundido de toda la conciencia de su misión, de todas las fuerzas que requería su combate futuro, la ha visto el pensamiento americano, como el crisol donde ha depurádose la civilización argentina, venir triunfando, sobre los obstáculos innumeros de su propia existencia, y sobre aquellos vernaculares, infaltables siempre al rededor de esta clase de luchas, en las que sólo los grandes, y por esto escogidos espíritus, se aventuran, por el mejoramiento colectivo, con el sacrificio de sus nobles actividades.

Comprendemos que sólo por obra de la cultura —cultura ubicua que lo mismo se muestre en el alma de la raza, como en la raza del suelo americano— alcanzarán, un día, nuestros pueblos, lo que ya, intuitiva o científicamente, prevee la inteligencia extranjera, lo que nuestras fuerzas ancestrales, en acción fecunda va comprobándolo cada día, y lo que todas las actuales generaciones de América aspiran a realizarlo; la formación de nuestra personalidad americana. Y a esto es a lo que ha propendido, con ejemplar constancia, con un alto sentido de americanismo, la ilustre revista argentina. Creando, formando su personalidad nacional ha contribuido, en forma no igualada por otro organismo de su índole, al conocimiento de las realidades argentinas, que, como las del Perú o Méjico, son pues, las realidades de América.

La joven moderna juventud americana, que hoy, mejor que antes, y como nunca tal vez, estudia y analiza sistemática y conscientemente la vida de América, tan llena de bellas posibilidades y de complejas realidades también, tiene en la existencia de NOSOTROS su mejor estímulo fortificante. Ver en ella un valiente ejemplo de esfuerzo y perseverancia constructivos, un signo de lo que puede y debe

hacer nuestro espíritu para su propia elevación, no es sino reconocer, identificarse con la nobleza de sus luchas inapreciables, luchas que, de bifurcarse y enraizar —con raíces de conciencia absoluta y viril— en el alma de cada uno de los pueblos hispanoamericanos, sabrían dar ya, al concurso de las actuales civilizaciones extranjeras, limpio, luminoso de realidad y de esperanza el nombre de nuestro continente.

Repertorio Americano

En toda la vida intelectual hispanoamericana, en lo que va del novecientos, ningún organismo tan consciente, tan seguro de su labor americanista, como éste dirigido por el noble y alto espíritu de J. García Monge.

Erguido a la altura tropical del continente, no parece sino que sus antenas cordiales e inteligentes, ungidas con la gloria de los destinos grandes, estuviesen atentas siempre, recogiendo las más lejanas repercusiones culturales de América y del mundo entero.

Así lo vemos, pues, encarnando en la medida —que es difícil medirla— de sus fuerzas heroicas y generosas, el alma de las bellas teorías de civilización, de cultura, de superación, que nos vienen de Montalvo, de Martí, Rodó, hasta nuestros modernos hombres nuevos.

Ejemplo de altivez, de lucha, de dignidad intelectual y de verdadera conciencia americana, es el simpático semanario costarricense. Su autoridad en la difícil labor de selección y valorización de nuestras realidades intelectuales, es algo así como un tamiz para la depuración triunfadora de los movimientos políticos o estéticos de América.

Dos actividades de por sí arduas, y por lo mismo dignificantes, las que desarrollan las fuerzas vitales de REPERTORIO AMERICANO. Hay que verlo —con ojos que mirasen el vuelo de un cóndor, por ejemplo— estación receptora y difusora del desarrollo de la vida de nuestras naciones iberoamericanas y las extranjeras, por un lado, haciéndose eco, con admirable sagacidad, de aquello que, en la evolución de nuestras fuerzas humanas, tiene su verdadero valor en todos los órdenes civilizadores: social, político, educacional; y hay que verlo también, por su otro lado, —el de su actividad difusora— echando por los vientos de sus dos mares, a toda la extensión de América, la dádiva inapreciable de su labor, que por sí sola supera a todo otro trabajo, a toda otra doctrina o ideología que exista y se realice en los actuales tiempos, en el sentido de acercar a los pueblos americanos por los lazos de su mutuo conocimiento. Y he aquí este aspecto del único periódico que en América puede aplicarse con verdad el nombre de americano y continental; —por su misión tan ampliamente sentida y cumplida— y que, ningún otro lo haya esbozado siquiera en nuestro territorio, o que en igualdad de aspiraciones haya evidenciado el empuje viril de REPERTORIO AMERICANO. Queremos referirnos —y con la profunda simpatía que nos inspira— a ese sentimiento de dignidad racial, a esa conciencia —lo repetimos— de

ciudadanía americana que alienta la obra de libertad —porque ésta es su lucha esencial— en que viene empeñada la vida de este gallardo paladín del ideal americanista. Así se lo ha visto, con una rotunda temeridad noble y franca, erguirse en toda la altitud de su valor, en una lucha formidable y desigual, contra todos los adversarios vernáculos y exóticos, que han hecho de América y siguen haciendo aún el maravilloso feudo de las más inicuas explotaciones.

Centinela del honor continental, sus doce años de intensa actividad cultural, de infatigable lucha por la civilización y autonomía de América, dan por sí solos la certeza de la existencia del espíritu americano —alma de la estirpe hispanindia en ignición de mejoramiento— lleno de sus potencias vírgenes y robusto de savia nueva, propulsora ésta de las excelencias raciales hacia el camino natural de su perfeccionamiento.

Todas las nobles voces libres de Hispano-América, que bajo nuestros cielos democráticos, han tronado por nuestra independencia, y salido, limpias y apostólicas, por los fueros de nuestra personalidad racial, han hallado, en el eco valiente y generoso de REPERTORIO AMERICANO, eco admirable, eco de resonancias halagadoras, donde ha vibrado, en vibración sintética, el alma, toda ensueños y toda pujanzas también de los pueblos de América.

Y, si los organismos culturales intelectuales, son, en todas las naciones del mundo los termómetros que marcan —temperatura de la civilización— el grado de avance cultural de las razas, aquí, en América —entre otros muy pocos— ninguno como este vocero autóctono —por todo lo que hay en él del alma americana— que cumpla mejor su alta finalidad de mostrar, en los límites continentales y fuera de ellos, el valor de todas nuestras realidades presentes, y la evidencia de todas nuestras posibilidades futuras.

El pensamiento americano, que en él ha encontrado y encuentra siempre, seguro y franco asilo para sus rebeldías, debele reconocimiento cordial, como lo deben todos los pueblos que de Río Grande a la Patagonia, piensan en su libertad, en el desarrollo de su vida, llamada a mejor destino, por cuyos intereses, él —REPERTORIO AMERICANO— ha venido consagrando sus fuerzas, tan noblemente sacrificadas en nombre de la existencia y la libertad americanas.

Y bien ganada, en la jerarquía intelectual de Hispano-América, su preeminencia —de anunciador y faro— dignificadora. Ya, el pensamiento continental ha de reconocer: que el semanario de Costa Rica, tan valientemente conservado, y en cuyo espíritu vive el espíritu de América, es y será —así al menos deseanlo y augúranlo nuestras esperanzas— el noble defensor de los democráticos y libres intereses de nuestros pueblos, cuyas jóvenes generaciones, conscientes ya de sus destinos, recogen con entusiasmo su inaudita lección de dignidad.

Antonio Montalvo